

EL SEGUNDO PECADO



THOMAS SZASZ

Lectulandia

El pecado original consiste, según el Antiguo Testamento, en conocer, como Dios, el bien y el mal. El segundo pecado consiste en hablar claramente y hacerse entender. Dios castigó esta transgresión en Babel y condenó al hombre a sumirse en la Divina Confusión: desde entonces nos engañamos los unos a los otros. El doctor Thomas S. Szasz explica que esta confusión del lenguaje es la que ha producido gran parte de la deshumanización, intolerancia y estupidez pura y simple que actualmente lo empeñan todo, desde la política hasta la vida sexual.

En *El segundo pecado* el doctor Szasz aplica su espíritu crítico, eminentemente racionalista y libertario, no solo a la psiquiatría (con especial énfasis en el mito de la enfermedad mental y en los abusos de la psicoterapia y el Estado terapéutico), sino también a la familia, el matrimonio, la sexualidad, la educación, las emociones, las relaciones sociales, la medicina, las drogas, el suicidio, y muchos otros temas donde es indispensable hundir a fondo el bisturí desmitificador.

Lectulandia

Thomas Szasz

El segundo pecado

Reflexiones de un iconoclasta

ePub r1.1

Titivillus 26.05.15

Título original: *The Second Sin*
Thomas Szasz, 1973
Traducción: Jordi Beltrán
Retoque de portada: libra

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre

Campo de Agramante

Las autoridades de la Universidad de Yale definieron la «libertad sin trabas» como «el derecho a pensar lo impensable, a discutir lo indiscutible y a desafiar lo indesafiado».

La idea es cautivante.

Hasta ahora muchos de nosotros hemos vivido prisioneros de mitologías y estereotipos que nos impedían pensar desprejuiciadamente. Para cada problema teníamos una solución prefabricada, dictada por algún esquema sectario, y sobre quienes opinaban que no se debía pasar la realidad por el filtro mutilador del dogma, recaía una descalificación fulminante.

El resultado es una esclerosis aguda del espíritu crítico: el mundo nos machaca, día tras día, con novedades desquiciantes, y no atinamos a reaccionar eficazmente porque hemos perdido la costumbre de razonar sin muletas y porque tenemos miedo de abrazar causas impopulares. Si no aprendemos a flexionar, metafóricamente, los músculos del cerebro, nuestra civilización no tardará en quedar arrumbada en el desván de la historia como muchas otras, no menos deslumbrantes, que la precedieron.

Sobre este tema me explayé en un artículo periodístico en el que confesaba, precisamente, cuáles eran mis perplejidades más acuciantes, relacionadas, faltaría más, con esta época plegada de fundamentalismos y chauvinismos, de demagogias y populismos, de apelaciones cotidianas a los sentimientos más primitivos e irracionales del ser humano.

«Campo de Agramante» es el fruto de aquel balance de perplejidades. Como su nombre indica, no se trata de una colección aglutinada en torno a una cosmovisión monolítica, sino, más bien, de un esfuerzo editorial encaminado a estimular el placer de la controversia, la costumbre de valorar opiniones heterodoxas, la apertura mental indispensable para tomar en consideración puntos de vista antagónicos. Lo cual tampoco implica neutralidad, ni mucho menos indiferencia.

Está claro que un proyecto de esta naturaleza sólo puede materializarse en una sociedad laica y pluralista como la nuestra, y por tanto, aunque dejemos la puerta abierta al debate y a la expresión de teorías con las que discrepamos, nos ponemos en guardia contra el empleo de las nociones de religión, nacionalidad o ideología como categorías excluyentes, discriminatorias, apuntadas por legislaciones coercitivas. En lo político, en lo moral, en lo filosófico, daremos preferencia a quienes los guardianes de las verdades absolutas consideran herejes, contestatarios o cosmopolitas. A quienes toman partido por el humanismo y el racionalismo. A quienes no verían publicadas sus obras bajo dictaduras de izquierda o de derecha, ni bajo regímenes teocráticos en integristas.

El campo de Agramante que nos legó la literatura era un lugar donde la confusión impedía entenderse. En su nueva versión editorial lo imaginamos poblado de

discrepancias clamorosas, pero al mismo tiempo fecundas y estimulantes, que hagan realidad «el derecho a pensar lo impensable, a discutir lo indiscutible y a desafiar lo indesafiado». Para ser auténticamente libres.

EDUARDO GOLIGORSKY
Director de colección

Thomas Szasz, incómodo y necesario

El individualismo democrático instaurado políticamente por los revolucionarios del siglo XVIII y culturalmente por los románticos del XIX puso el examen de la subjetividad a la orden del día. La pasión por escudriñar los ideales y manías propias —la *forma de ser* intransferible de cada cual— estuvo antes reservada a pioneros excepcionales de la intimidad personal: Agustín de Hipona, Montaigne, Rousseau... Poco a poco se ha ido convirtiendo en un anhelo de la mayoría, para desembocar finalmente en lo obsesivo... Los disecadores de espíritus y los forenses de almas han conocido el mayor éxito ideológico de la modernidad. Hay entre ellos taxidermistas, chamanes, comisarios, verdugos y hasta poetas: de vez en cuando, aparece un auténtico hereje, iconoclasta y burlón. El doctor Thomas Szasz es uno de ellos miembro destacado de tan sospechosa relea libertaria.

Admirador de Karl Kraus, con quien comparte la mordacidad aforística y la insumisión a los tópicos, Thomas Szasz nació en Hungría en 1920 y se trasladó a Estados Unidos al cumplir los dieciocho años. Estudió medicina y psiquiatría, doctorándose con una brillante tesis sobre el dolor y el placer, conocidos ya desde Platón como los dos acicates básicos de toda conducta humana. Pero su polémica entrada en la orden de los grandes inconformistas reflexivos de este siglo tuvo lugar en 1961, cuando publicó *El mito de la enfermedad mental*, uno de los libros menos prescindibles de los últimos cincuenta años. A partir de ese momento, la naciente antipsiquiatría le tuvo por uno de sus mentores principales, a pesar de que Szasz siempre se encargó de marcar sus distancias respecto a esa tendencia a menudo tan ideológicamente dogmática como la institución que pretendía combatir.

A lo largo de más de veinte libros, Szasz se ha ocupado de los mitos del psicoanálisis y de la psiquiatría, de las exigencias éticas de la relación médico-paciente, de los abusos autoritarios de que ha llamado «el Estado terapéutico» (persecución ritual de las drogas, internamiento clínico de pacientes contra su voluntad, medicalización despótica del sexo o de las conductas socialmente reprobables...). Su método consiste principalmente en denunciar los estereotipos lingüísticos que someten la realidad de las diversas opciones humanas al control de los poderes establecidos, según imitaciones políticas o científicas de la vieja teocracia. Se ha dicho que todo poder viene de Dios; lo indudable es que todo *tiende a comportarse* como si viniese de Dios...

En el mundo latino y germánico (¡por no mencionar a los eslavos!) estamos acostumbrados a que los rebeldes y agitadores del pensamiento sean visionarios, iluminados, místicos o profetas, muy imperfectamente secularizados y seguidos por un público que los azuza a delirar antes de concederles patente de subversivos. Por el contrario, Thomas Szasz pertenece a la estirpe de los iconoclastas pragmáticos, llenos de sentido común y humor antitrágico: como H. L. Mencken, Bertrand Russell o

Gregory Bateson. Su personal cruzada irónica no quiere conquistar el sepulcro vacío de ninguna divinidad sino potenciar la vida de la especie más amenazada de nuestro planeta: el individuo autónomo, libre frente a las instituciones y por tanto responsable sin remilgo de sus actos. Un individuo que no quiere que nadie quiera por él, ni que se le salve a la fuerza de sí mismo, ni que se le declare oficialmente peor de lo que es porque se resiste a ser todo lo bueno que el Big Brother de turno pretende obligarle a mostrarse. En una época en que la derecha se declara liberal (sólo en lo económico, claro) pero no se sonroja al encabezar la caza de brujas contra las drogas, el aborto, las conductas sexuales «desviadas» o las blasfemias contra los cultos establecidos..., en un tiempo en el que muchos izquierdistas se han convertido al «liberalismo» derechista ante todo en lo que éste tiene de represivo..., es muy aconsejable que alguien sin miedo ni prejuicios como Thomas Szasz nos recuerde las posibilidades revolucionariamente libertarias que encierra la plena asunción del proyecto *liberal*.

FERNANDO SAVATER

Agradecimientos

George Szasz, mi hermano y maestro y crítico durante toda la vida, me ayudó a escribir y reescribir el presente libro; Bill Whitehead, mi editor en Doubleday, me ayudó a darle forma; y Margaret Bassett, mi secretaria, me ayudó a darlo a luz protegiendo mi tiempo y mi intimidad y empleando su devoción, su energía y su ingenio infalibles. A todos ellos les estoy profundamente agradecido.

Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un sólido lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero... Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra...

GÉNESIS, 11, 6-9.

Prefacio

Todos sabemos cuál es el primer pecado o pecado «original»: «el conocimiento del bien y del mal».

Pero no sabemos, o tendemos a olvidar, cuál es el segundo pecado: ¡hablar claro!

He aquí cómo lo describe la Biblia: «Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dirigieron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra...».

Esta narrativa alegórica —la parábola del segundo pecado— muestra una percepción profundísima de la naturaleza del hombre y, de modo más particular, de la naturaleza de la autoridad y de su dependencia de un monopolio, no solo de la información, sino del lenguaje mismo: expresándose correctamente, el hombre es capaz de alzarse hacia el cielo, con lo cual invade el territorio de Dios. Por este motivo, Dios castiga al hombre una vez más, confundiendo su lengua.

Conocer y hacer el bien y el mal, pensar y hablar con claridad: he aquí las afrentas fundamentales del hombre contra Dios, del niño contra el padre o la madre, del ciudadano contra el Estado, Por esto se ordena al hombre que evite estos pecados; y por esto, cuando los ha cometido —porque si es humano, forzosamente los cometerá—, ha sido castigado por la Familia, la Iglesia, el Estado y, en nuestros días, la Psiquiatría.

A mí me parece que los estudiosos del hombre y del lenguaje han olvidado de forma asombrosa el segundo pecado del Hombre, el pecado de utilizar el lenguaje como es debido, el segundo castigo de Dios, la Divina Confusión. Sin embargo, la importancia y el carácter intemporal de la lección que esta parábola nos enseña son sumamente obvios. Las autoridades siempre han tendido a honrar a quienes cierran la mente del hombre confundiendo su lengua, así como a castigar a quienes la abren mediante la utilización sencilla y apropiada del lenguaje. Al hacer esto, la autoridad se ha puesto sucesivamente el manto de la Religión, del Estado, y, en nuestro tiempo, de la Salud Mental o Psiquiatría. Pero no importa si la confusión y la estupefacción son de inspiración divina, gubernamental o psiquiátrica; el resultado es el mismo: la

paternalización de la autoridad y la infantilización de todo lo demás.

Es contra este proceso —un mal que la autoridad siempre define como bien— que han luchado muchos de los grandes polemistas y satíricos de Occidente. Pascal y La Rochefoucauld, Voltaire y Nietzsche, Bierce y Mencken son, pues, mis modelos. Espero que resulte evidente al lector, y me apresuro a reconocerla, la deuda que tengo contraída con ellos por inspirar la forma y estilo de los aforismos, definiciones y máximas reunidos en el presente libro.

Muchos de ellos se refieren a ideas o prácticas que en otro tiempo se consideraban propias de la psiquiatría y psicología. No ocurre lo mismo con otras, a no ser que se crea —como, al parecer, cree un número cada vez mayor de personas— que todo lo que hace la gente es materia legítima para la inspección y el tratamiento psiquiátricos. He procurado borrar esta idea y otras mitificaciones psiquiátricas y ridiculizar las paparruchas de la psiquiatría que van desplazando progresivamente nuestro sentido común y nuestro lenguaje corriente.

THOMAS S. SZASZ
Syracuse, Nueva York
1 de junio de 1972

Introducción

El hombre es una animal que habla. Así pues, comprender el lenguaje es la clave para comprender al hombre; y controlar el lenguaje, para controlar al hombre.

De aquí de los hombres no luchan sólo por cuestión de territorios, alimentos y materias primas, sino que hoy en día quizá luchan principalmente por cuestión de lenguaje. Porque controlar la Palabra es ser el Definidor: Dios, rey. Papa. Presidente, legislador, científico, psiquiatra, loco... usted y yo. Dios lo define todo y a todos. El líder totalitario aspira a una grandeza parecida. La persona normal y corriente define algunos aspectos de sí misma y de unas cuantas otras personas. Pero incluso el hombre más modesto y con menos poder define algo que nadie más puede definir: sus propios sueños.

Y además, a todos nos definen: nuestros genes, que nos dan forma; nuestros padres que nos dan nombre; nuestra sociedad, que nos clasifica; y así sucesivamente.

Desde hace mucho tiempo me parece que algunos de los problemas fundamentales de la psiquiatría son en realidad muy sencillos: tienen por centro la lucha en pos de definición entre, por un lado, el supuesto paciente mental y, por otro, su familia, la sociedad y el psiquiatra. Cada uno de los que participan en esta lucha habla un lenguaje diferente, cuyo contenido y consecuencias trata de imponer a su adversario. Aunque a veces la pugna parece un debate, en realidad es una lucha encarnizada por la supervivencia, y, al igual que todas las luchas, no la decide la lógica, sino el poder.

Por ejemplo, el «paciente» afirma ser Jesús: el psiquiatra dice que no es Jesús, sino un esquizofrénico. El lenguaje de la locura es, por tanto, una especie de jerga, y el del psiquiatra, otra clase de jerga. Dicho de otro modo, algunas (aunque no todas, por supuesto) de las personas a las que llaman locas abusan del lenguaje; y lo mismo hacen muchas de las personas que las clasifican y tratan psiquiátricamente. El resultado —ya sea la afirmación esquizofrénica llamada «síntoma» o la contraafirmación psiquiátrica denominada «diagnóstico»— es lenguaje envilecido y deshumanizado.

Aunque los lenguajes tienen «grandes reservas de vida», como señaló George Steiner, no son inagotables: «... llega un punto de ruptura. Utilizad un lenguaje para concebir, organizar y justificar Belsen; utilizadlo para redactar las especificaciones de los hornos de gas; utilizadlo para deshumanizar al hombre durante doce años de bestialidad calculada. Algo le ocurrirá... Una parte de las mentiras y del sadismo se depositará en la médula del lenguaje»^[1].

Lo que, a juicio de Steiner, le ocurrió a la lengua alemana bajo la influencia del nazismo es aplicable, *mutatis mutandis*, pero con fuerza todavía mayor, a lo que le ocurre al lenguaje corriente bajo la influencia de la psiquiatría. Utilizad el lenguaje para concebir, organizar y justificar la Salpêtrière, el Burgholzli y el St. Elizabeths

Hospital; utilizadlo para las especificaciones de las cadenas y las camisas de fuerza, el electrochoque y la lobotomía frontal; utilizadlo par deshumanizar al hombre durante trescientos años de bestialidad calculada, y algo le sucederá... Una parte de las mentiras y el sadismo se depositará en la médula del lenguaje.

El abuso que ha sufrido el lenguaje corriente en manos del loco y del médico ha durado ya no doce años, como el régimen nazi, sino casi trescientos. Y su fin no se ve en ninguna parte.

He mostrado en otro lugar^[2] cómo a resultas de este proceso, ni el lenguaje del paciente menta ni el del psiquiatra sirven para definir de forma apropiada la locura o las reacciones que provoca en nosotros. Los dos lenguajes se ven envilecidos por la fraudulencia sistemática, por el esfuerzo irresistible que hace el protagonista con el fin de imponer al otro su propia imagen del mundo, y por la justificación de todos los medios que se usen para alcanzar este fin.

Desde luego, hay algunos que, quizá porque creen que la opinión general es la verdad, se niegan a poner en entredicho el lenguaje de la psiquiatría y ven en él una clave para la cura de la enfermedad mental. Y hay otros que, tal vez porque creen que el desamparado siempre tiene razón, envuelven el lenguaje de la locura con una capa atractiva y romántica y lo consideran la clave para comprender debidamente el dilema humano.

Sin embargo, para mí elegir entre estos dos lenguajes no es elegir. Una comprensión digna y humanitaria del hombre, sus experiencias y conflictos, sus virtudes y flaquezas, su santidad y su bestialidad, para todo esto es necesario rechazar tanto el lenguaje del loco como el de los médicos de los locos y comprometerse de nuevo con el empleo convencional, disciplinado y artístico del lenguaje del profano culto.

Resumiendo, he optado por seguir el ejemplo de George Orwell. Orwell planteó el problema —cuyas dimensiones médica y psiquiátrica son lo que me incumbe— de la manera siguiente: «El gran enemigo del lenguaje es la sinceridad. Cuando hay un abismo entre tus objetivos reales y tus objetivos declarados, recurre, como por instinto, a las palabras largas y los modismos agotados, como una jibia lanzando chorritos de tinta. En nuestra época es imposible “no meterse en política”. Todos los asuntos son asuntos políticos, y la política misma es una masa de mentiras, evasiones, insensatez, odio y esquizofrenia»^[3].

Dado que el poder de todas las profesiones que sirven al público se apoya en gran parte en la capacidad de sus leales miembros para confundir al público y, por ende, dominarlo, no debería sorprendernos que no sólo los lenguajes de la medicina y la psiquiatría, sino también los de la educación y el derecho, se compongan principalmente de lo que Orwell llamó «frases hechas», cuya función es «anestesiarse el cerebro»^[4].

El remedio que Orwell proponía para todo esto se enmarcaba en la tradición cristiana que tiene esperanza y trabaja por aliviar los grandes males mediante

pequeños cambios en el comportamiento del individuo. Orwell concluía diciendo que «debería reconocerse que el actuar caos político está relacionado con la decadencia del lenguaje y que probablemente puede efectuarse alguna mejora empezando por la parte verbal. Si simplificas tu inglés, te liberas de las peores necesidades de la ortodoxia. No puedes hablar ninguno de los dialectos necesarios, y cuando haces un comentario estúpido, su estupidez resultará obvia, incluso a ti mismo. El lenguaje político... está pensado para hacer que las mentiras suenen como verdades y el asesinato sea respetable, y para dar apariencia de solidez al puro viento. Todo esto no puede cambiarse en un momento, pero al menos puedes cambiar tus propios hábitos...»^[5].

Efectivamente, puedes cambiarlos, pero sólo si estás dispuesto a llevar sobre tus hombros la carga de culpabilidad en que incurriste al cometer, no sólo el primero, sino también el segundo pecado.

La infancia

La infancia es una sentencia de cárcel que dura veintiún años.

Para el niño control significa atención y amor; para el adulto desdén y represión. En esto consisten el dilema y la tarea fundamentales de la sociedad: alentar a los padres a querer y controlar a sus hijos, y a los políticos a respetar a sus conciudadanos y a dejarles en paz (excepto cuando estos conciudadanos priven a otros de su vida, su libertad, o sus propiedades).

Las sociedades modernas han recorrido gran parte del camino que lleva a la inversión de este proceso: alientan a los padres a fingir que respetan a sus hijos y de esta manera justifican su incapacidad para controlarlos; y a los políticos a fingir amor por sus conciudadanos y así justifican sus esfuerzos por ejercer un control ilimitado sobre ellos.

La permisividad es el principio consistente en tratar a los niños como si fueran adultos; y la táctica para asegurarse de que nunca lleguen a esa etapa.

Si a un niño se le trata bien, puede que al hacerse mayor espere obtener algo sin dar nada a cambio; si se le trata mal, quizá esperará que le hagan dar algo sin recibir nada por ello. Navegar sin peligro entre la Escila de la «psicopatía» y el Caribdis del «masoquismo» es la tarea difícil, primero del padre y luego del propio niño en proceso de desarrollo.

Un niño se hace adulto cuando se da cuenta de que tiene derecho, no sólo a tener razón, sino también a estar en un error.

En Estados Unidos existe hoy una tendencia general a tratar a los niños como a adultos y a los adultos como a niños. Hablamos de infantilizar a los adultos, y hablamos de infantilismo a su comportamiento pueril. Deberíamos reconocer el equivalente de esta pauta: hacer que los niños se comporten de manera adulta, lo cual da por resultado el «adultismo». Las opciones de los niños se amplían ininterrumpidamente mientras que las de los adultos van reduciéndose

progresivamente.

En pocas palabras, cada vez son menos las personas a las que tratamos como son en realidad. Protegiendo supuestamente a los niños de los males del autoritarismo, y a los adultos de los males de la competencia, definimos y mantenemos el control sobre ellos al mismo tiempo que afirmamos que les estamos ayudando.

La familia

En la familia moderna los problemas psicológicos de sus miembros no son el complejo de Edipo y el de Electra, sino, más a menudo, la competencia por los cuidados, la atención y la libertad. Por ejemplo, en una familia con niños pequeños es frecuente que el padre y los niños se disputen a la madre y que ésta tenga que proteger a los niños de los esfuerzos que hace el padre por privarlos del afecto materno; mientras que en una familia con niños que están al borde de la madurez a menudo la madre y los niños se disputan al padre y puede que éste tenga que proteger a los niños de los esfuerzos de la madre por infantilizarlos.

Una madre (o un padre) dice: «Quise darles a mis hijos lo que yo misma no tuve de niña». El resultado final es que se agota por culpa del esfuerzo, llega a tenerle envidia a su propio hijo y acaba retirándose dándole al niño todavía menos de lo que sus padres le dieron a ella.

Moraleja: considérate afortunada si cuidas tus hijos como tus padres te cuidaron a ti. Incluso puede que lo hagas un poco mejor, siempre y cuando no apuntes demasiado alto.

El matrimonio

El matrimonio es un don que el hombre concede a la mujer que nunca le perdona por ello.

El certificado de matrimonio es una prueba de normalidad heterosexual. Muchos jóvenes lo necesitan para convencerse a sí mismos y a otros de que son normales.

El símbolo más poderoso que existe hoy de la «venta» de mujeres, e incluso más del «venderse» por parte de éstas, no es la prostitución, ni la «Playmate del mes», ni ninguna de las numerosas discriminaciones de que se quejan las mujeres; en vez de ello, creo que es la sección nupcial de la prensa del domingo. Esta institución periodística confirma y legitima el hecho de que, del mismo modo que la forma apropiada de definir a un niño es la asociación con su familia de origen, también el medio que utiliza una mujer joven para definirse apropiadamente es la asociación con el que va a ser su esposo.

Los psiquiatras inventan teorías complicadas para explicar por qué las personas se casan y se divorcian. Pero el significado de estos actos es bastante claro de por sí. Lo que requiere una explicación es por qué los individuos permanecen casados.

El matrimonio es un contrato que obliga jurídicamente, pero de las partes contrayentes se espera que lo firmen sin ayuda jurídica, a la vez que la ley les prohíbe disolverlo sin dicha ayuda.

El matrimonio moderno es tan difícil porque no es una relación verdaderamente contractual ni una verdadera relación jerárquica. Debido a ello, ninguno de los cónyuges sabe exactamente lo que el otro espera de él, y es muy frecuente que ambos se sientan sometidos a los caprichos del otro. Resumiendo, en el matrimonio contemporáneo a menudo se combinan las limitaciones del contrato y los caprichos de la jerarquía.

Si los hombres y las mujeres que van a casarse fueran realmente iguales, ¿por qué se casarían? En vez de un contrato formal, un acuerdo libre serviría igual de bien. Pero, dado que no son iguales, el matrimonio sirve ahora para que la novia engañe al novio y viceversa: cada uno de ellos piensa que sacará la mejor parte del trato. Con frecuencia cada uno de ellos llega a la conclusión de que ha sacado la peor. Así pues, empleando el lenguaje de la teoría de los juegos el matrimonio contemporáneo suele ser un juego con dos jugadores y ambos pueden perder y con frecuencia pierden simultáneamente.

Sin embargo, cabe que el matrimonio moderno sea una etapa de transición entre, por un lado, el concierto de antaño, que se basaba en la dominación y la subordinación y era un claro juego de suma cero, en el cual normalmente el hombre ganaba lo que perdía la mujer, y, por el otro, la igualdad jurídica, la cual no sería un claro juego de suma cero y cada parte ganaría algo como resultado de la cooperación entre los dos.

El amor

A menudo hablamos del amor cuando en realidad deberíamos hablar del impulso de dominar o subyugar, con lo cual pretendemos confirmarnos a nosotros mismos como agentes activos, en posesión del control de nuestro propio destino y merecedores del respeto de los demás.

El amor es admiración o temor reverencial; compasión o lástima. Podríamos hablar, pues, de esa tragedia humana que es la improbabilidad entre iguales. Pero quizá la tragedia esté en otra parte, a saber, en el espíritu de la modernidad que ha situado al amor por encima de la dignidad, el deseo de ser amado por encima del deseo de ser respetado.

El sexo

En los seres humanos el sexo no es tanto un instinto como un lenguaje, un dispositivo de señales. Ser deseable sexualmente (típicamente para una mujer) significa: «Él me desea, *debo* de valer la pena». Tener deseo sexual (típicamente para un hombre) significa: «La deseo, *debo* de saber para qué sirve la vida».

Lo que consideramos normalidad sexual es el resultado de antiquísimas relaciones de dominación y sumisión entre los hombres y las mujeres. Esto asigna a cada sexo ciertas pautas para seguir las reglas; también hace posible cierto número de cometidos sexuales complementarios por medio de la identificación cruzada y varias tácticas de rechazo de cometido. La igualdad entre los sexos significaría que cada persona y cada sexo se convierten en fuente legítima de reglas sobre cómo deben conducirse las relaciones sexuales. El resultado de esto sería anomía sexual, estado en que muchos hombres y muchas mujeres se encuentran hoy. En esta situación no hay pautas de comportamiento fijas que permitan a los hombres confirmarse como hombres y a las mujeres como mujeres, Al no sabe qué regla deben seguir, si es que deben seguir alguna, los individuos dudan del sentido de cualquier cometido sexual. Pronto sienten anhelo de líderes sexuales; de aquí la popularidad de Albert Ellis, Daved Reuben, Masters y Johnson.

La competencia en heterosexualidad, o al menos la apariencia o la pretensión de tal competencia, tiene tanto de asunto público como de asunto privado. Así, ir en serio con una persona del sexo opuesto es un diploma de enseñanza secundaria en heterosexualidad; el compromiso matrimonial, un bachillerato; el matrimonio, una licenciatura; y los hijos, un doctorado.

Masturbación: la actividad sexual primaria del género humano. En el siglo XIX era una enfermedad; en el XX es una cura.

Es el método de satisfacción sexual favorito de quienes prefieren lo imaginario a lo real.

La masturbación es más una cuestión de autodomínio que de amor de uno mismo.

Perversión: práctica sexual que el hablante desapruueba.

El moderno ideal erótico: hombre y mujer, unidos en amoroso abrazo sexual, experimentan un orgasmo simultáneo mediante la relación genital. Se trata de un mito psiquiátrico-sexual que es útil para fomentar sentimientos de deficiencia sexual y de inferioridad personal. También es una rica cantera de «pacientes psiquiátricos».

No se puede ser un individuo, una persona separada de los demás (de la familia, la sociedad, etcétera), sin tener secretos. Los secretos separan a las personas y por esto los individualistas les conceden muchísimo valor, mientras que los colectivistas los condenan.

Del mismo modo que guardar secretos separa a las personas, compartirlos las une. Los chismorreos, la confesión, el psicoanálisis, cada una de estas cosas supone comunicar secretos y establecer así relaciones humanas. El sexo ha sido tradicionalmente una actividad muy privada, secreta. Quizá en ello resida su gran poder para unir a las personas mediante un fuerte lazo. Al hacer que el sexo sea menos secreto, puede que le despojemos de su facultad de unir a los hombre y a las mujeres.

Las mujeres

Llevar una vida independiente le resulta más difícil a una mujer, especialmente si es atractiva, que a un hombre, y ello se debe a que una pseudocompetencia prematura pero falsa desvía fácilmente a las jóvenes a la paciente búsqueda de competencia. En realidad, cuesta muy poco prestar el «servicio» de satisfacer sexualmente a un joven, pero generalmente a las jóvenes se las «recompensa» por ello mediante el matrimonio y la participación en la posición económica y social de sus maridos. Cuando las mujeres descubren más adelante que poco pueden hacer, que carecen de competencia en muchos campos, y que, en cierto sentido, «no sirven para nada», es demasiado tarde. A decir verdad, cuanto más intensamente comprenden y expresan su situación, más probable es que les diagnostiquen una enfermedad mental, esto es, histeria, depresión, o esquizofrenia; y cuanto más fuertes sean sus quejas, mayor será la probabilidad de que las castiguen psiquiátricamente por ellas, es decir, administrándoles fármacos tóxicos, ingresándolas por la fuerza en algún hospital mental y aplicándoles electrochoques y la lobotomía.

Al igual que los judíos esperando a su Mesías, las mujeres esperan a su hombre, cada una de ellas espera su propio «salvador».

Hay dos razones principales por las cuales las mujeres no son iguales a los hombres, y que son esencialmente las mismas por las cuales algunos hombres no son iguales a otros. Una es el dinero: por lo regular, los hombres lo «ganan», mientras que las mujeres lo «reciben»... de los hombres, por servicios domésticos, sexuales o de otra clase. La otra razón es la importancia de lo que hacen: los hombres «se ocupan» de cosas «importantes», como la política y la economía. La ciencia y la tecnología, mientras que las mujeres «se ocupan» de cosas «sin importancia» como cuidar a los niños y hacer la compra, limpiar y preparar la comida. En la medida en que las mujeres obtengan el autodomínio económico (que no es lo mismo que obtener riqueza) y realcen la importancia social de sus actividades cotidianas, y sólo en esta medida, serán iguales a los hombres... y superiores.

La ética

La ética, caída en desuso; sustituida por el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades.

Bueno: caído en desuso; sustituido por cuerdo, mentalmente sano, sano.

Malo: caído en desuso; sustituido por loco, mentalmente enfermo, enfermo.

Hay sólo tres grandes modos éticos de conducta:

1. La Regla de Oro: tratar a los demás como quisiéramos que ellos nos trataran a nosotros.
2. La Regla del Respeto: tratar a los demás como ellos quieran que les tratemos.
3. La Regla del Paternalismo: tratar a los demás como nosotros, en nuestra sabiduría superior, sabemos que debería tratárseles por su propio bien.

Hay tres grandes sistemas éticos, cada uno de ellos identificable por su objeto o símbolo de valor último; Dios, el Estado, el Hombre. En cada uno de ellos la ofensa más grave es no creer, no respetar, no tomarse en serio a Dios, el Estado, el Hombre. En el teísmo la ofensa más grave es el ateísmo; en el estatismo, el anarquismo; y en el humanismo es no creer y no respetar al individuo, la persona. Una indicación de lo lejos que estamos ahora de una ética auténticamente humanística es el hecho de que no creen en los seres humanos, no respetarlos y no tomarlos en serio no sólo no constituye una ofensa grave, sino que, al contrario, se considera como una muestra de virtud, a saber, como una señal de que se cree sinceramente en el «socialismo científico», en el Este, y el Occidente en la «psicología y la psiquiatría científicas».

Los tres requisitos básicos: leer, escribir y calcular. Las tres columnas de la ética de la autonomía.

La igualdad es inspiradora como ideal jurídico, asfixiante como realidad social.

Dios es una metáfora de la Ley Superior. Para el ateo el hombre es la medida de todas las cosas. Esto le plantea el problema de: ¿qué hombre? El esclavo contesta: ¡el gran líder! El amo responde: ¡yo! Ambos están equivocados. Para que los seres no se justifiquen a sí mismos con demasiada facilidad, tiene que haber una ley por encima y más allá de ellos. Pocos pueden aceptar esta proposición como principio abstracto; casi todo el mundo puede aceptarla cuando se presenta con la imagen de una deidad.

En el *Infierno*, Dante asigna un castigo apropiado para quien en vida no estaban a favor del bien ni del mal, y para los que no tomaron partido en la Rebelión de los Ángeles. Confinados para siempre en el Vestíbulo del Infierno, Dante los describe del modo siguiente:

«Dulce espíritu,
¿qué almas son estas que corren entre esta negra neblina?». Y él [Virgilio] me dijo: «Son los casi desalmados cuya vida concluyó sin recibir reprobación ni alabanza. Aquí se mezclan con la despreciable hueste de ángeles que no estaban por Dios ni por Satanás, sino sólo por ellos mismos. El Gran Creador los expulsó del Cielo por su perfecta belleza, y el Infierno no quiere acogerlos porque los perversos podrían orgullecerse un poco al verlos». Y yo dije: «Maestro, ¿qué es lo que los atormenta tan horriblemente que sus lamentaciones aturden el aire mismo?». «No tienen ninguna esperanza de morir», me respondió él, y en su ceguera y su impotencia sus desdichadas vidas tan bajo han caído que deben de envidiar cualquier otra suerte. Ninguna palabra suya dura más que su vida. La Misericordia y la Justicia les niegan incluso un nombre. No hablemos de ellos: míralos y sigue tu camino»^[6].

En los modernos libros de texto de psiquiatría, los hombres sin alma de Dante son los que más se acercan a los clasificados como mentalmente sanos, y a todos los demás, los que muestran pasión, ya sea por el bien o por el mal, se les clasifica como hombres que sufren de alguna u otra forma de enfermedad mental.

La educación

Un maestro debería tener la máxima autoridad y el mínimo poder.

En la educación de los adultos existe una relación inversa entre el poder y el aprendizaje. Si el experto tiene demasiado poder sobre el estudiante, deja de ser un maestro y en su lugar se convierte en un líder o un propagandista.

Todo acto de aprendizaje consciente requiere estar dispuesto a que tu amor propio resulte herido. Por esto los niños pequeños aprenden con tanta facilidad, porque todavía no son conscientes de su propia importancia; y por esto las personas mayores no pueden aprender en absoluto, especialmente si son vanidosas o importantes.

Anatole France acertó al comentar que: «Les savants en sont pas curieux» («Los sabios no son curiosos»). No pueden permitírselo; su elevada posición depende de que sepan, y se ve perjudicada, o al menos eso suelen pensar ellos (y otros), si no saben pero tratan de averiguar.

Así pues, el orgullo y la vanidad pueden ser obstáculos mayores que la estupidez en lo que se refiere a aprender. El psicoanálisis es un esfuerzo encaminado a enseñarle al «paciente» algo sobre él mismo sin humillarle mientras se le enseña; con frecuencia lo que el analista le enseña podría aprenderlo de su esposa (o de su marido), sus amigos, sus hijos, o de él mismo; pero esto entrañaría perder prestigio y él piensa que no puede permitírselo.

De modo parecido, la persona que es incapaz de dejar de hablar, que divaga en vez de escuchar, muestra su temor a que le encuentren inadecuada: habla no para decir algo, sino para impedir que el otro ponga al descubierto su debilidad.

La educación obligatoria es la grieta en la armadura de las sociedades capitalistas: tratan de enseñarlos a los niños los valores del contrato y la iniciativa, pero basan su sistema educativo en la obligatoriedad y el conformismo. Las sociedades comunistas no sufren de semejante inconsecuencia; tratan de enseñarles a los niños los valores del mando y la obediencia, y su sistema educativo concuerda con la inculcación de esta ética.

El lenguaje

Parece probable que al principio el hombre aborigen vocalizara de forma idiosincrásica; esto es, cada hombre hacía un ruido en vez de hablar un lenguaje. Cuando dos o más individuos adaptaron los ruidos que hacían hacia una pauta común, nació el lenguaje. Por consiguiente, puede que el lenguaje constituya el contrato social original, del cual nacieron todos los demás.

El lenguaje separa a los hombres de los otros animales. También los reduce al nivel de los animales; por ejemplo, cuando alguien llama «salandujas» a los judíos o «cerdos» a los policías.

En el reino animal la regla es: comed o sed comidos; en el reino humano: definid o sed definidos.

La mitificación es la principal herramienta semántica del que pretende ser líder; la desmitificación, la del hombre que quiere ser su propio dueño. Rousseau, Marx, Freud mitificaron; Emerson, Mill, Adler desmitificaron. Quizá una de las tragedias inmutables de la condición humana sea que mientras que el desmitificador influye en individuos, el mitificador mueve multitudes.

Un proverbio húngaro advierte: «Di la verdad, y te aplastarán la cabeza». Solo en situaciones libres e igualitarias puede la gente decir la verdad. Como tales situaciones son raras, decir la verdad es un lujo que pocos pueden permitirse.

A menudo llamamos «brutales» a las verdades y «piadosas» a las mentiras. Si el lenguaje refleja el alma del hombre, este uso refleja un Dorian Gray que envejece.

Cuando expresamos el comportamiento empleado el lenguaje de la religión lo legitimamos; cuando lo expresamos con el lenguaje de la psiquiatría lo ilegitimamos.

Decimos que los católicos que no comen carne los viernes y los judíos que nunca comen carne de cerdo son devotamente religiosos; no decimos que los católicos

sufren de ataques recurrentes de fobia a la carne, ni que a los judíos les aflige una fobia fija a la carne de cerdo.

En cambio, decimos que las mujeres que no salen de casa sufren agorafobia y que los hombres que no viajan en avión padecen de miedo patológico a volar; no decimos que estos hombres y estas mujeres son cobardes devotos.

La lucha por la definición es en verdad la lucha por la vida misma. En la típica película del Oeste dos hombres luchan desesperadamente por la posesión de un revólver que alguien ha arrojado al suelo: el primero que se haga con el arma dispara y vive; su adversario recibe el balazo y muere. En la vida corriente no se lucha por la posesión de armas de fuego, sino de palabras: el primero que define la situación es el vencedor; su adversario la víctima. Por ejemplo, en la familia, marido y mujer, madre e hijo no se llevan bien: ¿quién define a quién como elemento molesto o enfermo mental? O, en la anécdota apócrifa en la que Emerson visita a Thoreau en la cárcel; Emerson pregunta: «Henry, ¿qué haces ahí?». Resumiendo, el primero que toma la palabra impone la realidad al otro: quien así define domina y vive; y quien es definido es subyugado y puede que muera.

Para el psiquiatra institucional las mentiras son ilusiones. Al abolir la mentira, hace lo mismo con el lenguaje; y al abolir el lenguaje, hace lo propio con el hombre, como C. S. Lewis advirtió que haría.

A los conceptos como el suicidio, el homicidio y el genocidio deberíamos añadir el «semanticidio», es decir, el asesinato del lenguaje. El mal uso deliberado (o casi deliberado) del lenguaje por medio de la metáfora oculta y la mitificación profesional rompe el contrato básico entre las personas, a saber, el acuerdo tácito sobre el uso apropiado de las palabras. Así es que los «grandes» filósofos y políticos cuyo objetivo era controlar al hombre, desde Rousseau hasta Stalin y Hitler, han predicado y practicado el semanticidio; mientras que los que han tratado de liberar al hombre para que fuera su propio dueño, desde Emerson hasta Kraus y Orwell, han predicado y practicado el respeto por el lenguaje.

Los definidores (esto es, las personas que insisten en definir a las demás) son como microorganismos patógenos; cada uno de ellos invade, parasita y con frecuencia destruye a su víctima; y, en cada caso, los que tienen poca resistencia son

los más susceptibles de ser atacados. Por ende, aquellos cuyas defensas inmunológicas son débiles tienen las mayores probabilidades de contraer enfermedades infecciosas; y aquellos cuyas defensas sociales son débiles —esto es, los jóvenes y los viejos, los enfermos y los pobres, etcétera— son los que con más probabilidad contraerán odiosas definiciones de ellos mismos.

«Quien se excusa se acusa», reza un proverbio francés. Dicho de otro modo, quien habla utilizando el lenguaje de las excusas —empleando la incapacidad, la enfermedad física o mental, la ignorancia, la pobreza o lo que sea como excusa por no hacer tal o cual cosa— tiene medio perdida la batalla por el amor propio incluso antes de que empiece la lucha.

Los retóricos de la raza no se dan por satisfechos repudiando la opresión del negro, sino que proclaman que «lo negro es bello»; a los retóricos de las drogas no les bastan con rechazar las afirmaciones falsas acerca del carácter dañino de ciertas drogas, sino que afirman que los tóxicos «ensanchan la mente»; los retóricos de la locura no se limitan a oponerse a la violencia psiquiátrica que se inflige a las personas a las que se pone la etiqueta de enfermos mentales, sino que dicen que la esquizofrenia no es un «colapso» sino un «avance». Resumiendo, la nuestra es una época en la cual verdades parciales se transforman incansablemente en falsedades totales y luego se proclaman como revelaciones revolucionarias.

Si la esencia de la histeria de conversión es que se trata de un tipo indirecto y ambiguo de comunicación, entonces la jerga profesional puede considerarse como histeria semántica. Cuando una persona habla o escribe una jerga política, psiquiátrica o sociológica se expresa utilizando cierto modo indirecto y ambiguo; y al igual que el histérico, dramatiza lo que dice como si fuera algo profundo, aunque puede ser trivial. Este carácter indirecto también permite que el hablante exprese ideas peligrosas y prohibidas sin miedo al justo castigo que le imponga el censor o los colegas. Compárense los artículos que aparecen en las publicaciones psicoanalíticas de hoy con los primeros casos de que dio noticia Freud; o los estudios sociológicos de la guerra con los relatos de Hemingway. En resumen, si usted quiere aprender algo de psicología o psiquiatría, no lea psicología ni psiquiatría, sino la gran literatura, y, especialmente, biografías. En la literatura profesional, por cada frase que clarifica (suponiendo que haya alguna) hay dos que ofuscan y mitifican. Si un novelista o un dramaturgo escribiera así, nunca lograría publicar nada.

Filosofía es, literalmente, amor al conocimiento; fobosofía es miedo al mismo. Obviamente, en el mundo hay más «fobósofos» que «filósofos».

Mendacidades médicas:

- A la prevención de la paternidad la llaman «paternidad planificada».
- Al homicidio cometido por médicos lo llaman «eutanasia».
- Al encarcelamiento ordenado por los psiquiatras lo llaman «hospitalización mental».

Quod licet Jovi, non licet bovi (Lo que se permite a Júpiter no se permite a la vaca):

- Los policías reciben sobornos; los políticos reciben aportaciones a la campaña.
- La marihuana y la heroína las venden traficantes; los cigarrillos y el alcohol los venden comerciantes.
- Los pacientes mentales que recurren a los tribunales para recuperar su libertad son agitadores; los psiquiatras que usan los tribunales para privar a los pacientes de su libertad son terapeutas.
- Si la General Motors vende coches, lo llaman publicidad; si el Instituto Nacional de la Salud Mental vende psiquiatría, lo llaman educación; si una buscona vende relaciones sexuales, lo llaman importunar; si un pillete callejero vende heroína, lo llaman traficar con droga.

La clasificación

La mayoría de los acertijos psiquiátricos se basan en un problema no expresado que consiste en encajar un acto, un concepto o una persona en alguna categoría. ¿Qué es un brazo paralizado históricamente: fingimiento o prueba de la enfermedad llamada «histeria»? ¿Qué es la afirmación de que eres Jesús: mentira o ilusión? Los problemas que se esconden detrás de los conflictos básicos del género humano, conflictos ideológicos y religiosos, son de la misma clase: ¿El negro es una cosa o un hombre? ¿Jesús es hombre o Dios?

Los diagnósticos psiquiátricos son etiquetas estigmatizadoras que se expresan de un modo que les haga parecer diagnósticos médicos y se aplican a personas cuyo comportamiento molesta y ofende a otras. A los que sufren y se quejan de su propio comportamiento se les suele clasificar como «neuróticos»: aquellos cuyo comportamiento hace sufrir a otros y que provocan quejas de los demás se les acostumbra a clasificar como «psicóticos».

La nosología psiquiátrica (la clasificación de las enfermedades mentales): el lenguaje del aborrecimiento.

Si falsificas dinero, te llaman monedero falso; si falsificas un documento oficial, falsificador; si falsificas una identidad, estafador, psicópata o esquizofrénico; si falsificas una enfermedad, histérico; si falsificas curaciones, curandero; si hablas una jerga ininteligible, dirán que padeces glosolalia; y así sucesivamente. En cada caso jamás debemos olvidar que una persona o grupo puede aceptar como real lo que de hecho es falso, y rechazar, por considerarlo falso, lo que en realidad es verdadero.

La Justificación

Experimentamos o generamos ciertos sentimientos para justificar lo que tenemos intención de hacer. Por ejemplo, la joven que quiere tener relaciones sexuales con su chico: «Le amo (*por consiguiente*, está bien que me acueste con él)»; el joven que no quiere trabajar para su padre; «Le odio (*por lo tanto*, no puedo trabajar para él)».

Lo que la inquietud es para los medrosos el valor lo es para los valientes; la inquietud y el valor son los motivos y las justificaciones para hacer o dejar de hacer algo.

El hombre debe justificar su existencia. A la pregunta «¿Para qué soy (útil)?» ofrece diversas respuestas, que dependerán principalmente de su edad.

El niño se justifica siendo obediente: «Soy bueno. Complazco a mis padres».

El adolescente, siendo prometedor: «Seré importante, triunfador, feliz».

El adulto joven, siendo sexual: «Atraigo a X. Le doy (a él o a ella) placer».

El adulto, siendo responsable: «Mi esposa (marido), mis hijos, etc. me necesitan. No podrían arreglárselas sin mí».

La persona de mediana edad, siendo poderosa: «Domino a mi esposa (marido), a mis hijos, a mis colegas, etcétera».

La persona de edad avanzada, siendo un superviviente: «He conseguido seguir en la brecha; todavía estoy vivo».

Cada una de estas proposiciones confirma la importancia del individuo en el mundo. Sin semejante confirmación es probable que el individuo enferme, muera, se suicide, o sufra un «colapso mental».

El hombre debe justificar como autoafirmación su canibalismo simbólico, el hecho de que convierta a los demás en víctimas. En política, la conversión de los demás en víctimas se justifica con las imágenes del «bienestar del pueblo»; en la vida doméstica, con el «amor»; en medicina, con el «tratamiento».

A los hombres no se les recompensa ni castiga por lo que hacen, sino más bien por cómo se definen sus actos. Por esto a los hombres les interesa más justificarse mejor que mejorar su comportamiento.

La significación

Si el hombre no puede soportar una vida insignificante, y si un sentido de la significación es lo mismo que una «perspectiva religiosa» ante la vida, entonces la salud mental se convierte en una búsqueda de significación. Esto lo comprendió Jung: «Durante los últimos treinta años me han consultado personas de todos los países civilizados... Entre todos mis pacientes en la segunda mitad de la vida —es decir, de más de treinta y cinco años de edad— no ha habido ni uno solo cuyo problema no fuera esencialmente el de encontrar una perspectiva religiosa ante la vida. Puede decirse que todos ellos se sentían enfermos porque habían perdido lo que las religiones vivas de todas las épocas han dado a sus seguidores, y ninguno de ellos se ha curado realmente si haber recuperado su perspectiva religiosa»^[7].

Con todo, es curioso que incluso Jung llame «enfermos» a estas personas que acudieron a él con sus problemas. Pero precisamente el vocabulario técnico de la medicina y la psiquiatría es lo que obstaculiza la tarea de reconocer y poner remedio a estos problemas morales.

El tema dramático central de la vida puede reducirse a la siguiente exigencia que las personas se hacen unas a otras: «¡Acepta, haz válida y refuerza mi fantasía acerca de mí mismo! Si no, no te amaré, te castigaré, te dejaré, te mataré». Resumiendo: «¡Certifica mi autenticidad, o ya verás!».

En la vida de muchas personas la necesidad de atención es el motivo dominante. Esto explica por qué a menudo defienden ahora una opinión y poco después defienden la contraria: no importa lo que digan siempre y cuando llame la atención sobre ellas. Tolstoi era un ejemplo manifiesto de ello.

En su biografía de Tolstoi, Henri Troyat comenta que la familia y las amistades del escritor «... no podían comprender cómo se había casado con una muchacha de clase alta después de declarar que “casarse con una mujer de sociedad es tragarse todo el veneno de la civilización”».

Los psicoanalistas interpretan este tipo de comportamiento como expresión de ambivalencia. Los moralistas lo llaman hipocresía. Puede que sea ambas cosas. Pero con frecuencia es sencillamente el resultado de un deseo apasionado de atención, un deseo que no puede satisfacerse con tanta facilidad por medio del comportamiento consecuente.

Lo que los psiquiatras llaman «delirio de grandezas» consiste en asumir una identidad superior a la verdadera. La persona que asume esta identidad falsa se empeña en afirmarla, y quienes la rodean muestran el mismo empeño en repudiarla. El rechazo de este tipo de impostura suele expresarse con el lenguaje de la psiquiatría y se dice que el impostor «delira» y es «psicótico», con lo cual se oculta tras un diagnóstico el amargo conflicto entre sus afirmaciones y las contraafirmaciones de los demás.

Lo que los psiquiatras llaman «manía persecutoria» es una de las defensas más dramáticas que utilizan los seres humanos contra la sensación de insignificancia personal, de no valer nada. De hecho, a nadie le importa un comino lo que haga Jones. Es un extra en la película de la vida. Pero él quiere ser un astro. No puede llegar a serlo ganado una fortuna en la Bolsa o recibiendo el premio Nobel. Así que afirma que el FBI o los comunistas vigilan todos sus movimientos, tiene intervenido su teléfono, etcétera. ¿Harían esto si Jones no fuera una persona importantísima? En resumen, el delirio paranoico es un *problema* para la familia, el patrono y los amigos del paciente; para el paciente es una *solución* del problema relativo al sentido (falta de sentido) de su vida.

El psicótico (y especialmente el esquizofrénico paranoico) desafía a la sociedad creando con arrogancia sentido para sí mismo, despreciando escandalosamente las convenciones que para ello tiene la sociedad. Por ejemplo, declara que es Jesús o que los comunistas le persiguen. Esto hace que todos los que le rodean le envidien en secreto: ¿cómo es posible que la vida de este hombre sea tan interesante e importante cuando la de ellos es tan aburrida e insignificante? Sintiendo seguros en su convencimiento de que el paciente no merece el sentido que se atribuye a sí mismo, le castigan degradándole: definen sus afirmaciones como ilusiones, le declaran loco y le tratan como a una persona que no merece la más mínima atención.

Actualmente, en muchas situaciones sociales la gente se empuja desordenadamente en el escenario de la vida; cada persona empuja a las demás para echarlas del escenario y colocarse ella en primer lugar. ¿Quién es el «astro» o la «estrella» de la familia: el padre, la madre o el hijo? En la escuela: ¿el maestro o el alumno? En la sala del tribunal: ¿el acusado, el juez o el defensor? Y hay medios nuevos de alcanzar el estrellato: prohibir el consumo de drogas y consumir drogas prohibidas; secuestrar aviones; hacer afirmaciones extravagantes... sobre los efectos del LSD, la satisfacción sexual, los conflictos y la integración raciales, el desarme, la

preponderancia y los peligros de las enfermedades mentales, etc.

La negación es uno de los medios más básicos que usa el hombre para crear sentido. Si la autoridad afirma que «X es bueno», la afirmación de que «X es malo» (o de que «anti-X es bueno») se convierte inmediatamente en una posibilidad de afirmar la propia identidad e incluso superioridad. Experimentar placer sexual, como hacer la guerra contra tus enemigos son valores antiguos, precristianos. Han generado compromisos feroces con la castidad, el ayuno riguroso y el pacifismo (como en los casos de los primeros cristianos, de Gandhi, etc.). De modo parecido, en nuestro tiempo si se considera que la autoridad padece de inhibiciones sexuales, la juventud proclama que la desinhibición sexual es un valor transcendente. La misma afirmación del valor por medio de la negación cabe verla en conceptos opuestos, tales como limpio-sucio, rico-pobre, competitivo-no competitivo, afeitado-barbudo, de pelo corto-de pelo largo.

Un adolescente que no es despierto ni laborioso, que en casa es reprimido y dominado, comete un delito violento con la certeza de que le cogerán. ¿Por qué lo hace? Porque tenía la sensación de ser un «don nadie», de que no existe salvo como objeto de insulto y escarnio. Una vez detenido por la policía, pasa a ser actor en un drama significativo: su «responsabilidad» del delito le hace renacer, empezar a existir, como persona. Más adelante, cuando todavía es menor de edad, piensa casarse aunque el matrimonio no hace más que prometer un aumento de las cargas pesadas que todavía lleva encima. Le pregunto por qué (quiere casarse con la joven que ya es la madre de su hijo). Me contesta: «Porque entonces seré al menos responsable de una esposa y un hijo».

Algunas personas pueden dar sentido a su vida por medio de sus aciertos en el arte y la ciencia, las finanzas y la política; otras haciéndose responsables de quienes «dependen» de ellas, esposas o maridos, hijos o pacientes; y las que no pueden o no quieren seguir ninguno de estos caminos pueden dar sentido a su vida infringiendo las leyes penales o de la higiene mental y asumiendo así la responsabilidad de su condición de delincuentes o víctimas, locos o genios incomprendidos.

El proverbio te exhorta a encender una vela en lugar de maldecir la oscuridad. Este consejo aparentemente bueno pasa por alto las ventajas de maldecir la oscuridad y no encender una vela: a saber, el amor propio que se adquiere, por poco precio, de la justa indignación que sientes al verte como una víctima, y la evitación de la necesidad de afrontar el problema de lo que tendrás que hacer una vez hayas

encendido la vela. En esto radica los beneficios que para los «pacientes» tienen las enfermedades mentales supuestamente graves; mientras que estas «enfermedades» aparecen como problemas a ojos del psiquiatra, para los «pacientes» son soluciones, del mismo tipo que maldecir la oscuridad.

Las emociones

El aburrimiento es la sensación de que todo es una pérdida de tiempo; la serenidad, de que nada lo es.

La felicidad es una condición imaginaria que antes los vivos atribuían con frecuencia a los muertos, pero que ahora los adultos suelen atribuir a los niños y éstos a los adultos.

La inquietud es la falta de disposición a jugar incluso cuando sabes que las probabilidades te son favorables.

El valor es la disposición a jugar incluso cuando sabes que tienes las probabilidades en contra.

La gratitud depende de sentimientos de igualdad o de superioridad. Así los hombres se sienten agradecidos no tanto porque los demás les hayan tratado bien (aunque esto suele ser un prerequisite para sentirse agradecido), sino más bien porque han igualado o superado a su antiguo benefactor. Moraleja: espera gratitud sólo de quienes te hayan igualado o superado en la vida, ya sea gracias a tu ayuda o por su propio esfuerzo.

La libertad

Los hombres aman la libertad porque les protege del control y humillación a manos de los demás y con ello les da la posibilidad de ser dignos. Aborrecen la libertad porque les hace recurrir de nuevo a su capacidad y recursos propios, y con ello les plantea la posibilidad de que sean insignificantes.

La libertad es lo que la mayoría de las personas quieren para sí mismas y lo que más desean negarles a los demás.

Cuando el psiquiatra aprueba lo que hace una persona juzga que ésta ha hecho uso de su «libertad de elección»; cuando desaprueba, piensa que la persona ha actuado sin «libertad de elección». No es raro, pues, que la «libertad de elección» les parezca una idea confusa a las personas: da la impresión de que la «libertad de elección» es algo que califica lo que *hace* una persona a la que se está juzgando (llamada con frecuencia el «paciente»), cuando en realidad es lo que *piensa* la persona que juzga (que suele ser un psiquiatra u otro especialista de la salud mental).

La ley

El Estado no puede «legalizar» ningún acto: lo único que puede hacer es «penalizar» los actos o dejarlos en paz.

El hecho de que los norteamericanos hablen de «legalizar» el aborto provocado, el juego, la marihuana, etcétera, demuestra que ya no consideran al gobierno como su servidor sino como su amo. Porque legalizar es permitir; y permitir entraña una relación entre un superior y un subordinado, como ocurre cuando un padre o una madre permite a un hijo que vaya a nadar, se acueste tarde o coma dulces al terminar la comida.

La justicia tradicional se basa en los conceptos del bien y del mal; la justicia moderna, en los de la salud y la enfermedad mentales. Cuando Salomón se encontró ante dos mujeres que afirmaban ser la madre del mismo niño, les habló e hizo que ellas le hablaran a él, y concedió el niño a la mujer que, a juzgar por la información que obtuvo, era la madre auténtica. Un moderno juez norteamericano procedería de forma muy diferente. De las afirmaciones contradictorias sacaría la conclusión de que una de las mujeres debía de «engañarse» al creer que era la madre y haría que los psiquiatras las examinaran a ambas. Los psiquiatras descubrirían entonces que una de las mujeres era una fanática e insistía en que quería o todo el niño o nada, mientras que la otra era razonable y estaba dispuesta a aceptar una solución intermedia y recibir la mitad del niño; por consiguiente, declararían que la madre verdadera sufría esquizofrenia y recomendarían que se concediese el niño a la impostora, recomendación que el juez aprobaría automáticamente por respeto a las conclusiones de los expertos médicos.

En otro tiempo, a los norteamericanos acusados de asesinato se les consideraba inocentes hasta que se demostrara su culpabilidad; hoy se les considera locos hasta que se prueba que están cuerdos.

Testimonio de perito psiquiátrico: mendacidad disfrazada de medicina.

Jueces y fiscales, abogados y psiquiatras, todos insisten mucho en que desean saber por qué el acusado de un crimen hizo lo que hizo. Pero sus actos contradicen por completo sus palabras: sus esfuerzos van dirigidos ahora a dejar que en la sala hable todo el mundo menos el propio acusado, especialmente si se le imputa un delito político o psiquiátrico.

Un antiguo refrán (cuya fuente no logro localizar) advierte al aspirante a legislador que no imponga prohibiciones que no pueda hacer cumplir. Los legisladores norteamericanos llevan ya algún tiempo siguiendo la regla contraria, a saber, que lo que no pueden controlar al menos puedan prohibirlo.

Los norteamericanos siguen gozando de libertad para comprar armas de fuego cargadas, pero ya no la tienen para adquirir jeringuillas vacías. Quizá mejor que cualquier otro, estos hechos simbolizan hasta qué extremo el gobierno norteamericano ha abandonado la tarea de proteger la seguridad y asumido la de invadir la intimidad.

Las leyes sobre higiene mental poseen las características más temibles tanto del derecho civil como del penal: son como las leyes civiles porque no están sujetas a limitaciones constitucionales; y como las penales porque entre sus castigos *de facto* se encuentran la privación de la vida, de la libertad, y de la propiedad.

El castigo

Si no se castiga al que infringe la ley, se estafa a quien la obedece. Por eso, y nada más que por esto, debería castigarse a los infractores: para certificar como bueno y fomentar como útil el comportamiento respetuoso de las leyes.

El objetivo del derecho penal no puede ser la corrección o la disuasión: solo puede consistir en el mantenimiento del orden jurídico.

El castigo ya no está de moda. ¿Por qué? Porque —junto con su corolario, la recompensa— hace que algunas personas sean culpables y otras, inocentes; algunas buenas y otras, malas; resumiendo, crea distinciones morales entre los hombres y esto es odioso para la mentalidad «democrática». Al parecer nuestra época prefiere una culpabilidad colectiva sin sentido a una responsabilidad individual con sentido.

No puede haber ninguna penología humanitaria mientras el castigo no se disfrace de «corrección». Ninguna persona o grupo tiene el derecho a «corregir» a un ser humano; sólo Dios lo tiene. Pero las personas y los grupos tienen el derecho a protegerse por medio de sanciones que son «castigos» y a las que debería llamarse así, sanciones que, por supuesto, pueden ser tan leves como una regañina o una pequeña multa, o tan serias como la cadena perpetua o la muerte.

Control y autodomnio

La finalidad del engaño es controlar y aniquilar al otro; el resultado de engañarse a uno mismo es perder el control y aniquilar el ser propio.

«Crear tu propio pensamiento —señaló Emerson—, creer que lo que es verdad para ti en tu fuero interno es verdad para todos los hombres... eso es el genio». Pero imponer lo que crees que es verdad a todos los hombres, incluso a un solo individuo... eso es despotismo.

En el trabajo generalmente ejercemos control sobre alguna cosa o persona. Cuando cazamos o pescamos, aramos la tierra o recogemos la cosecha, controlamos cosas. Cuando damos de comer a un bebé, operamos a un paciente enfermo o juzgamos a un delincuente, controlamos a una persona. Sin embargo, en las sociedades complejas y materialmente avanzadas hay muchas situaciones que no requieren ninguna de estas posturas, sino que, al contrario, hacen necesario que nos controlemos a nosotros mismos y que cedamos una parte de nuestro autodomnio a otros, normalmente a cambio de dinero. Esto se da especialmente en el trabajo profesional.

Se dice que la prostitución es la *profesión* más antigua del mundo. Es, en verdad, un modelo de todo el trabajo profesional: el trabajador renuncia al control de sí mismo (misma), de su cuerpo —normalmente de una manera definida con claridad, concreta— a cambio de dinero. Debido a la pasividad que entraña, es un papel difícil y que muchos consideran desagradable.

El proverbio advierte que «no debes morder la mano que te da de comer». Pero quizá sí deberías morderla si te impide comer sin ayuda ajena.

La adicción, la obesidad, la inapetencia (anorexia nerviosa) son problemas políticos y no problemas psiquiátricos: cada uno de ellos condensa y expresa una pugna entre el individuo y alguna otra persona o personas de su entorno por el control del cuerpo de aquél.

Todo benefactor quiere controlar a la persona a quien hace bien. El sacerdote controla en nombre de Dios; el médico en nombre de la salud. Esta propensión universal a controlar a los demás choca y se contradice con el objetivo de hacer del

hombre un individuo responsable de sí mismo.

La reciprocidad: el espejismo que llama al género humano que vaga por el desierto de la dominación-sumisión.

La cooperación depende de la interdependencia mutua. Un exceso tanto de control como de autodomínio perjudica la cohesión social. Demasiado control produce opresión y lleva a la no cooperación por medio de la rebelión. Un exceso de autodomínio da por resultado la autarquía personal y conduce a la no cooperación por medio del aislamiento. El delicado equilibrio entre el control y el autodomínio que requiere la vida social es una de las razones por las cuales la tragedia es inherente a la existencia humana.

La mayoría de las personas quieren la autodeterminación para ellas mismas y la subyugación para las demás; algunas quieren subyugación para todo el mundo; solo unas cuantas quieren autodeterminación para todos.

Si alguien hace algo que desaprobamos y si creemos que podemos evitar que persista en su conducta, le consideramos malo; pero si creemos que nos será imposible evitarlo, le consideramos loco. En los dos casos, el factor crítico es el control que ejercemos sobre el otro; cuanto más control de esta clase perdamos, y cuanto más dominio de sí mismo adquiriera el otro, mayor es la probabilidad de que, en caso de conflicto, le consideremos loco en lugar de simplemente malo.

Un loco es alguien que ha perdido o dicen que ha perdido el control de sí mismo. La psiquiatría proporciona la justificación para controlarle. La persona que goza de autodomínio firme impide que otras la controlen; de ahí que sea objeto tanto de admiración como de envidia, temor reverencial y odio.

La conducta personal

Los hombres suelen tratar a los demás peor de lo que se tratan a sí mismos, pero raramente tratan mejor a alguien. Esperar consideración y decencia de una persona que se maltrata a sí misma es el colmo de la necedad.

Prestamos demasiada atención a aprender a adquirir hábitos y demasiado poca a aprender a romperlos.

El conocimiento se adquiere aprendiendo; la confianza, por medio de la duda; la habilidad, mediante la práctica, y el amor, por medio del amor.

La calidad de nuestra vida depende en gran parte de que haya concordancia o discordancia entre nuestros deseos y nuestras obligaciones.

Si podemos definir y experimentar nuestro deber como nuestro deseo, entonces somos felices, bien adaptados, normales. Si esta congruencia se desmorona, nos sentimos engañados, frustrados, deprimidos; incluso es posible que sintamos rabia y envidia contra quienes fueron más egoístas que nosotros y, por ende, menos atentos a las obligaciones.

Si nuestro deseo podemos definirlo y experimentarlo como obligación, entonces nuestra felicidad o falta de ella dependerá de si podemos persuadir de ello a otros. Nos acreditaremos como líderes morales de forma proporcional con la medida en que consigamos persuadirles. Tolstoi y Gandhi salieron sumamente victoriosos de este empeño. Si no alcanzamos a persuadirles, nos definirán como fanáticos locos: un ejemplo de ello es el esquizofrénico que mata a alguien intenta librarse del castigo afirmando que actuó siguiendo órdenes de Dios; otro ejemplo es el líder desacreditado de una revolución política que haya fracasado. Si esta congruencia entre nuestro deseo y nuestro deber se rompe y reconocemos que lo que creíamos que era una obligación era simplemente un deseo, entonces puede que la culpa nos haga enloquecer; entonces nuestra conciencia nos perseguirá y puede que nos suicidemos en un esfuerzo por pagar nuestras malas acciones y restaurar el equilibrio interior entre nuestros deseos y nuestras obligaciones.

Es más fácil cumplir con nuestro deber para con los demás que para con nosotros mismos. Si cumples con tu deber para con los demás, te considerarán digno de

confianza. Si cumples con tu deber para contigo mismo, te considerarán egoísta.

Con frecuencia, los hombres temen hacer que zozobre la barca en la que esperan atravesar las corrientes de la vida hasta llegar a lugar seguro, cuando, en realidad, la barca está encallada en una barra de arena. Sería mejor que movieran la barca para tratar de desembarrancarla o, mejor todavía, saltar al agua y nadar hasta la orilla.

La expresión «hombre que ha triunfado por su propio esfuerzo» (*self-made man*) es típicamente norteamericana del siglo XIX. En otras partes y en épocas anteriores, a los hombres los hacía Dios; y desde entonces, en todas las culturas, al hombre lo han hecho las sociedades, los padres, los genes, y los entornos. Resumiendo, hoy día la culpa y el mérito de lo que es una persona se imputa y se atribuye a todos y a todo menos a la persona misma. El hecho es irónico, ya que en la actualidad el hombre tiene más oportunidades para crearse a sí mismo que en cualquier otro tiempo pasado.

La gente dice a menudo que tal o cual persona todavía no se ha encontrado a sí misma. Pero el ser propio no es algo que se encuentra; es algo que se crea.

Del mismo modo que el motor de combustión interna funciona con gasolina, la persona funciona con amor propio; si está llena de él, puede hacer un largo recorrido; si está llena parcialmente, pronto necesitará repostar; y si está vacía se detendrá.

El hombre no puede sobrevivir mucho tiempo sin aire, agua y sueño. El siguiente lugar en orden de importancia lo ocupan los alimentos. Y pisándoles los talones a éstos, la soledad.

Encerrar a una persona en un lugar incomunicado es un castigo severo porque las personas necesitan a otras personas. Pero las personas también necesitan estar solas. Para muchas de ellas tener que estar con otras es mucho más doloroso que tener que estar solas.

Pensar claro requiere más valor que inteligencia.

«Querer es poder», dice el proverbio. No es del todo cierto; pero es verdad que donde no se quiere no se puede.

Por lo general, se cree que actividad y dominio son virtualmente sinónimos. Aprender a andar, nadar, conducir un coche, etcétera, requiere el dominio activo de nuestro cuerpo o nuestro entorno. Pero hay ciertas cosas que requieren una especie de pasividad controlada, un dominio a nuestro temor a la pasividad y a la incapacidad. Entre ellas las siguientes son interesantes:

El sexo. Las relaciones sexuales placenteras con una pareja que es igual o superior son posibles sólo si se acepta la necesidad de ser pasivo y en proporción con la medida en que se acepte. Se sigue recurriendo a la masturbación y a las prostitutas porque hacen posible una actividad sexual totalmente «activa» y controlada por uno mismo.

El aprendizaje. La persona que es incapaz de aceptar su ignorancia no puede aprender. La inventiva y la creatividad dependen de la capacidad del individuo para dejarse hundir profundamente en una sensación de misterio que luego vencerán los esfuerzos proporcionales por adquirir dominio. Imitar a los demás y apoyarse en autoridades aceptadas son procedimientos clásicos y populares porque permiten una actividad intelectual enteramente «activa» y controlada por uno mismo.

La enfermedad y la muerte. Para enfermar y morir como es debido hay que ser pasivo. La hipocondría y el suicidio brindan opciones porque sustituyen la pasividad por la actividad, la impotencia (o el miedo a ella) por el dominio (o la ilusión de tenerlo). De modo más general, alcanzamos el dominio «activo» de la enfermedad y la muerte delegando en los médicos toda la responsabilidad de su tratamiento, y exiliando a los enfermos y los moribundos en los hospitales. Pero los hospitales funcionan a comodidad del personal que trabaja en ellos y no de los pacientes: en un hospital no podemos estar enfermos como es debido ni morir decentemente; estas cosas sólo podemos hacerlas entre quienes nos quieren y valora. El resultado es la deshumanización institucionalizada de los enfermos, característica de nuestra época.

Los tontos no perdonan ni olvidan; los ingenuos perdonan y olvidan; los sabios perdonan, pero no olvidan.

La conciencia: hecha a partir de expectativas razonables; soluble en alcohol; destruida por las burocracias y otros tipos de colectividades.

Las relaciones sociales

Una persona no puede hacer feliz a otra, pero sí puede hacerla desgraciada. Principalmente por esto hay más infelicidad que felicidad en el mundo.

Un concepto clave para comprender el comportamiento (tanto el «normal» como el «anormal») es la personificación. Hay dos clases básicas de personificación: las que reciben apoyo y legitimidad públicos y las que no los reciben. Ejemplos de la primera clase son el actor que interpreta un papel en una obra o el niño pequeño que juega a ser bombero. Ejemplos de la segunda son el ama de casa sana que se queja de achaques y dolores o el carpintero sin trabajo que afirma ser Jesús. Cuando alguien se aferra empecinadamente a la definición de un papel que no es apoyado y lo proclama de forma pública y agresiva, le llamamos psicótico.

Todo encuentro humano valida o invalida a algunos o a todos los que participan en él. Ninguno de ellos es neutral.

En las «profesiones asistenciales», especialmente en la psiquiatría institucional y la asistencia social, cada encuentro valida típicamente al profesional (porque da algo que tiene valor) e invalida al cliente (porque recibe ese algo). En las transacciones comerciales cada encuentro valida típicamente a ambas partes (porque las dos ofrecen algo valioso). Cuando las relaciones afectivas íntimas como el matrimonio y la amistad fracasan, cada encuentro invalida típicamente a ambas partes (porque cada una de ellas ofende a la otra).

Las relaciones humanas son problemáticas porque a los hombres los impulsan necesidades y pasiones que son opuestas pero a menudo igualmente poderosas, especialmente la necesidad de seguridad de la de libertad. Para satisfacer la necesidad de seguridad, las personas buscan intimidad y entrega, y cuanto más las consiguen, más oprimidas se sienten. Para satisfacer la necesidad de libertad las personas buscan independencia y alejamiento, y cuanto más los consiguen, más aisladas se sienten. Como en todos los casos de esta índole, los sabios buscan el justo medio; y los afortunados lo encuentran.

El misticismo junta y une; la razón divide y separa. Generalmente las personas anhelan más pertenecer a algo que comprender. De aquí que el misticismo desempeñe

un papel destacado en los asuntos humanos, mientras que el papel de la razón es limitado.

¿A quién pertenece el cuerpo de una persona? ¿A sus padres, como en medida muy grande pertenecía cuando era niño o niña? ¿Al Estado? ¿Al soberano? ¿A Dios? ¿O, finalmente, a ella misma? Incontables polémicas morales y psiquiátricas —sobre el aborto, la anticoncepción, las drogas, el sexo y el suicidio— giran en torno a premisas que no son explícitas ni están claras y que tienen relación con esta pregunta.

Nietzsche definió al hombre diciendo que es el «animal que puede hacer promesas...»^[8]. Yo añadiría que es también el animal o el ser que puede romper promesas, mejor dicho, al que le encanta romperlas. Resumiendo, el hombre es un mentiroso que posee una capacidad sin límite para engañarse a sí mismo y para que le regañen los demás.

La igualdad en las relaciones humanas es como el gas ideal del físico: un modelo cuya realización es imposible. Hay que ser definidor o definido; no se puede dejar de ser las dos cosas ni ser ambas a la vez. Así pues, lo más que cabe esperar de las relaciones humanas es una reciprocidad mutuamente satisfactoria del papel que se desempeña, lo cual no resulta, por fuerza, más fácil gracias a la búsqueda de la igualdad.

El poder corrompe. Pero también corrompe no tenerlo. El respeto a la dignidad humana requiere una amplia distribución del poder; dicho de otro modo, que el poder de un hombre esté moderado por el de otro. El poder limitado es, pues, una condición necesaria, pero no suficiente, para que florezca el respeto por unos mismo y por los demás. El requisito complementario del mismo es el amor a la justicia.

La adultez es el período en continua disminución que hay entre la infancia y la vejez. Al padecer, el objetivo de las modernas sociedades industriales es reducir dicho período al mínimo.

Es frecuente que los adultos definan el sometimiento a la autoridad como señal de madurez. Por ejemplo, un niño se resiste a ir a la escuela o al dentista y su padre le dice: «¡Compórtate como un hombre!». Lo que realmente quiere decir es que desea que su hijo se comporte como un niño obediente.

Los hombres y las mujeres a menudo no distinguen entre cuándo deben o cuándo quieren acatar la autoridad, y cuándo deben o cuándo quieren resistirse a sus exigencias. En la Alemania nazi, los judíos y también los gentiles se comportaban ante la autoridad como los «buenos soldados» que a los niños pequeños les dicen cómo deben ser. Tanto en las sociedades comunistas como en las capitalistas, actualmente los pacientes y los médicos muestran la misma sumisión infantil ante las exigencias que el estado expresa utilizando la retórica de la enfermedad y el cuidado de la salud.

En pocas palabras, la sumisión y la resistencia indiscriminadas a la autoridad son infantiles. La persona madura se caracteriza por su capacidad de decidir, de acuerdo con criterios moralmente significativos, cuando cooperará y cuando no cooperará con la autoridad.

Tener a otra persona esperando es una táctica básica para definirla como inferior, al mismo tiempo que te defines a ti mismo como superior. Cuando las cortejan las mujeres hacen esperar a los hombres; una vez casados los maridos hacen esperar a las esposas. Al final, a todos nos hacen esperar ¡y todos lo detestamos! ¡Cómo detestan los hombres mientras la mujer compra ropa y chucherías! ¡Cómo detestan las mujeres esperar, a menudo durante gran parte de su vida, mientras el marido busca fama y gloria!

El respeto propio es al alma lo que es el oxígeno es al cuerpo. Privada a una persona de oxígeno y mataréis su cuerpo; privadla de respeto a sí misma y mataréis su espíritu. Por esto los sabios consideran que el respeto propio no es negociable y no están dispuestos a cambiarlo por salud, riqueza o cualquier otra cosa; mientras que los necios comerciarán con él y sólo lograrán descubrir, ya demasiado tarde, que a un hombre no le sirve de nada conquistar el mundo entero si ello le cuesta el respeto a sí mismo.

Las personas intolerantes rechazan a las que no son como ellas mismas; las tolerantes las aceptan... siempre y cuando se vuelvan contra ellas mismas. Por eso se suele aceptar a los niños sólo como adultos en potencia; a los pacientes enfermos, sólo como personas potencialmente sanas; a los judíos, únicamente como cristianos

en potencia; y así sucesivamente.

Parece que el hombre no puede o no quiere aceptar la realidad del conflicto humano. Nunca es sencillamente el hombre quien ofende a su semejante. Siempre interviene alguien o algo —el diablo, la masturbación, la enfermedad mental— que oscurece, excusa y explica la aterradora inhumanidad del hombre con el hombre.

Hay dos clases de liderazgo: a favor de la dependencia y a favor de la independencia. En el curso de la historia la única clase de liderazgo fácilmente reconocible y públicamente visible ha sido el partidario de la dependencia de la autoridad. Cuando este tipo de liderazgo triunfa encuentra seguidores fieles que con sus afirmaciones y su conducta confirman la gloria y acreditan la sabiduría del «gran líder». En contraste con ello, el liderazgo partidario de la independencia tiene poca visibilidad y, por ende, es difícil reconocerlo. Cuando este tipo triunfa el resultado no son fieles seguidores, sino individuos independientes que con sus afirmaciones y su conducta confirma únicamente su propia autenticidad.

¿Qué hace el hombre con su semejante que ha quedado rezagado en la carrera de la vida? El liberal le pone dinero en el bolsillo y un asistente social en la espalda. ¿Quién de nosotros intenta realmente ayudarlo a levantarse para que pueda seguir corriendo y quizá incluso adelantarnos? ¿Cuándo se ayuda realmente a quien lo necesita y cuando se da fuerza al débil? ¿Y cuándo es la ayuda meramente una estrategia cuyo fin es confirmar a quien la presta en su papel de sacerdote, médico, filántropo?

Cuando las personas hablan del trato deshumanizador que se dispensa a algunos grupos —especialmente a los ancianos, los retrasados mentales y los locos— es frecuente que recalquen su desaprobación afirmando que a tales personas las tratan como a animales. Pero esto es muy falso. La gente casi nunca trata a los animales tan mal como a otras personas. Y nunca los maltrata de forma tan sistemática.

El motivo es obvio: no radica en la maldad del hombre, sino en su sensatez. Los animales —por ejemplo, los perros, el ganado vacuno o los pollos— son útiles para el hombre y, por tanto, éste tiene buenos motivos para tratarlos razonablemente bien. Cuando estos animales dejan de ser útiles el hombre los mata y, por consiguiente, ya no tiene motivo para maltratarlos. Y a los animales —en especial los domésticos— es

fácil controlarlos, más fácil que controlar a las personas; así pues, no hay necesidad de tratarlos mal.

En cambio, los individuos (y los grupos) a quienes la gente trata peor son los que no responden a ninguno de los criterios que acabamos de señalar: los ancianos, los retrasados mentales y los locos no son útiles; no pueden controlarse fácilmente, y no es posible matarlos. Su existencia misma, por lo tanto, la consideran una carga todas las personas de quienes dependen y que las cuidan y, por tanto, estas personas responden infligiéndoles una suerte que no sólo es peor que la muerte, sino también mucho peor que la que se inflige a los animales.

Las múltiples caras de la intimidad: los victorianos podían experimentarla mediante la correspondencia, pero no por medio de la cohabitación; los hombres y las mujeres de hoy pueden experimentarla por medio de la fornicación, pero no de la amistad.

Desconfiad de las personas que no saben pedir perdón. Son débiles, están asustadas y, a veces, a la menor provocación lucharán con la ferocidad desesperada de un animal asustado que se siente acorralado.

Dos errores no crean un acierto, pero son una buena excusa.

Cuando una persona ya no es capaz de reírse de sí misma, ha llegado el momento de que otros se rían de ella.

La medicina

El control en la relación médica lo define y simboliza, sutilmente el territorio en el cual tiene lugar (y que depende en parte de quien paga el servicio): cuando es en casa del paciente, éste tiene el control; cuando es en el consultorio del médico, lo tiene éste; y cuando es en el hospital, el control está en poder de la entidad médica o del Estado. Cuando el ejercicio de la medicina tenía lugar en el mercado libre (como en el siglo XIX), a los ricos les visitaba el médico en sus domicilios y a los pobres se les visitaba en hospitales benéficos; cuando quedó bajo la dominación de la clase media (durante la primera mitad del siglo XX en Estados Unidos), los ricos acudían al consultorio del médico y los pobres a clínicas públicas de diversa clase; y cuando fue el Estado quien pasó a dominarla (desde el final de la segunda guerra mundial), el centro de gravedad del ejercicio de la medicina fue desplazándose cada vez más hacia un fenómeno consistente en que el hospital, los ricos y los pobres, el paciente y el médico, todos ellos perdieron el control en beneficio de los administradores médicos y los burócratas del gobierno. Cabe que esto explique en parte por qué, si bien los médicos ahora pueden hacer más por sus pacientes que en cualquier otra época anterior, tanto los pacientes como los médicos están más insatisfechos que nunca con la medicina.

En el mundo de los negocios, donde los monopolios ya no son el peligro que fueron en otro tiempo, nos protegemos celosamente de ellos. En las profesiones liberales, donde los monopolios constituyen un peligro inmenso, pedimos a gritos, estúpidamente, que se amplíe su alcance y se aumente su poder.

En el mundo de los negocios, el vendedor se anuncia y compite con otros empresarios, y el comprador puede escoger entre abundantes productos y servicios. En medicina, el médico no puede anunciarse y no compite con otros médicos, y el paciente, por lo tanto, debe escoger entre un número limitado de productos y servicios.

Y, a pesar de ello, nos preguntamos qué funciona mal en la «entrega» de asistencia médica y redoblamos nuestros esfuerzos por transformar la medicina en un monopolio controlado por el gobierno.

El mayor analgésico, soporífero, estimulante, tranquilizante, narcótico y, en cierta medida, incluso antibiótico —es decir, lo que más se acerca a una auténtica panacea— que conoce la ciencia médica es el trabajo.

Idiopático: palabra de la jerga médica que significa «No sabemos qué es, cuál es su causa ni que podemos hacer para curarlo..., pero no lo reconoceremos ante los profanos y parientes».

Palabras tranquilizadoras: tipo de mendacidad médica consistente en que el doctor le comunica al paciente falsedades calculadas que, según el doctor, son lo que el paciente quiere oír.

Tratamiento: 1. Intervención que el paciente pide al médico para aliviar o curar una enfermedad. 2. Castigo (como en la expresión «Vamos a aplicarle el tratamiento...»); goza de especial popularidad en las instituciones psiquiátricas y en los países totalitarios. 3. Cualquier cosa, generalmente de naturaleza desagradable, que queramos hacerle a otra persona. A menudo se confunde con lo que nuestros insensibles antepasados llamaban «castigo», pero que ahora, gracias a los descubrimientos de la psiquiatría moderna, comprendemos que son formas de tratamiento médico.

El concepto de «tratamiento» es el gran legitimador de nuestra época. Llamen «tratamiento» a lo que quieran hacer y al instante les aclamaran como grandes bienhechores y científicos. Freud decidió escuchar a las personas y hablar con ellas, de modo que llamó «terapia» a la conversación y a ahora se reconoce el psicoanálisis como una forma de tratamiento médico. Cerletti decidió aplicar sacudidas eléctricas a las personas, así que llamó «terapia» al electrochoque y también a éste se le reconoce ahora como un tipo de tratamiento médico. Masters decidió enseñar a los hombres a actuar sexualmente, de manera que llamó «terapia» a proporcionarles prostitutas y el proxenetismo se convirtió en una nueva variedad de tratamiento médico.

Cuando una persona come demasiado acortan sus intestinos; a esto lo llaman «operación de derivación por obesidad».

Cuando una persona piensa demasiado le extirpan parte del cerebro: a esto lo llaman «lobotomía frontal por esquizofrenia».

La definitiva solución médica de los problemas humanos: eliminar del cuerpo todo lo que esté enfermo o proteste y dejar sólo órganos suficientes para que —por sí solos o conectados con las máquinas apropiadas— todavía esté justificado llamar «caso» a lo que quede de la persona, y dar al procedimiento el nombre de «humanoctomía».

Las drogas y los fármacos

Ningún fármaco puede expandir la consciencia; lo único que un fármaco puede expandir son las ganancias de la compañía que lo fabrica.

Voltaire dijo: «Desaprobaré lo que decís, pero defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo». Pero, hoy día, ¿quién dirá: «Desapruebo lo que tomas pero defenderé hasta la muerte tu derecho a tomarlo»? Sin embargo, a mí me parece que el derecho a tomar cosas es más elemental que el derecho a decir las, porque es menos probable que tomar cosas haga daño a los demás que decir las. En una sociedad libre, la idea que un hombre meta en su cabeza no es asunto del gobierno; tampoco debería serlo la droga que introduce en su cuerpo.

Los nazis decían tener un problema judío. Nosotros decimos que tenemos un problema con el abuso de las drogas. En realidad, «el problema judío» era el nombre que daban los alemanes a la persecución de los judíos; «el problema del abuso de las drogas» es el que damos nosotros a la persecución de las personas que consumen ciertas drogas.

Las leyes referentes a los narcóticos son nuestras leyes dietéticas. Dado que ésta es la edad de la ciencia y no de la religión, los psiquiatras son nuestros rabinos, la heroína es nuestra carne de cerdo y el adicto es nuestra persona impura.

Tratar la adicción a la heroína con metadona es como tratar la adicción al *whisky* escocés con *whisky* norteamericano.

En realidad, vencer las «adicciones» fuertes —ya sea a fumar cigarrillos o a inyectarse heroína— es a la vez muy difícil y muy fácil. Algunas personas se pasan decenios luchando en vano contra uno de estos hábitos; otras «deciden» dejarlo y lo dejan; y a veces los que llevan tiempo luchando inútilmente de pronto se liberan del hábito. ¿Cómo podemos explicar todo esto? La farmacología de la sustancia llamada adictiva no es lo único que no tiene nada que ver con el acertijo; tampoco la personalidad del llamado adicto tiene nada que ver con ello. Lo que sí que tiene que

ver es si «la adicción» —fumar, beber, chutarse heroína— forma o no parte de una producción dramática internamente significativa en la cual el «paciente-víctima» es la estrella. Mientras lo sea (y, si lo es, la lucha por combatir la adicción es sólo una parte de la obra), a la persona le resultará difícil o imposible dejar el hábito, mientras que, una vez haya decidido dejar de representar la obra y abandonar el escenario, verá que la dominación del hábito se habrá roto y se «curará» de la «adicción» con sorprendente facilidad.

Algunos abogan por la prohibición de la heroína; otros piden que se distribuya «gratis» entre los «adictos». Ambas posturas revelan una escandalosa falta de sentido de la equidad. ¿Por qué debe prohibirse la heroína si el alcohol y la nicotina no están prohibidos? ¿Por qué iba a facilitarse heroína a expensas del contribuyente a quienes ansían tomarla cuando las bebidas alcohólicas y los cigarrillos no se distribuyen gratis a quienes gustan de ellos? Además, un detalle revelador de nuestra propensión a meternos en los asuntos ajenos lo tenemos en el hecho de actualmente se aboga en serio por toda intervención concebible en la vida de los «adictos», y esta postura goza del apoyo general; es decir, todas menos una: derogar todas las leyes contra la droga y dejar en paz a los llamados adictos.

La nuestra es verdaderamente una época de materialismo. No lo digo porque seamos aficionados al dinero o a los objetos, sino porque las amenazas materiales nos infunden más miedo que las espirituales. De hecho, a las cosas espirituales les negamos el poder que tienen, a la vez que dotamos a las materiales de una influencia que no tienen. Así decimos que una persona está «bajo los efectos o la influencia» del alcohol, de la heroína o de las anfetaminas, y creemos que queda dominada por ellas, sin poder evitarlo. Por lo tanto, consideramos que, desde el punto de vista científico, está justificado tomar las precauciones más rigurosas contra estas cosas y con frecuencia prohibimos sus aplicaciones no médicas, o incluso las médicas. Pero una persona puede hallarse bajo la influencia no sólo de sustancias materiales, sino también de ideas y sentimientos espirituales como, por ejemplo, el patriotismo, el catolicismo o el comunismo. Pero no tememos a estas influencias y creemos que cada persona es o debería ser capaz de defenderse sola en un libre mercado de las ideas. En esto reside precisamente nuestra torpeza moral; que mostramos más respeto por las drogas que por las ideas.

El suicidio

El suicidio es un derecho humano fundamental. Esto no quiere decir que sea moralmente deseable. Sólo significa que la sociedad no tiene el derecho moral a entrometerse por la fuerza cuando una persona decide cometer dicho acto.

Prohibir lo que no puedes hacer que se cumpla degrada tanto la autoridad como la obediencia, y con ello perjudica no sólo el respeto a la ley, sino también el respeto a la decencia. Así pues, prohibir el suicidio es una tontería y una indecencia suprema.

Quien no acepta y respeta a quienes quieren rechazar la vida en realidad no acepta y respeta la vida misma.

El médico tiene acceso ilimitado a la moderna tecnología farmacológica del suicidio. ¿Por qué no iban a tener todos los demás seres humanos el mismo «derecho» a matarse con facilidad, sin dolor, y de forma segura?

Los médicos tratan de salvar vidas; los suicidas intentan tirarlas. No es extraño, pues, que unos y otros se lleven tan mal. Al igual que los avaros y los despilfarradores, lo único que tienen en común son sus diferencias.

«Intento de suicidio» es retórica estratégica de la psiquiatría; en la mayoría de los casos «intento de suicidio» en realidad significa «suicidio fingido».

Llaman al aborto «asesinato» o «feticidio» quienes lo desapruaban; quienes son partidarios de él o no lo condenan o lo denominan «control de la natalidad». De modo parecido, a causar la propia muerte sólo lo deberían llamar «suicidio» quienes lo desapruaban; y los que lo aprueban —o al menos no lo condenan— deberían llamarlo «control de la mortalidad».

La psiquiatría

Hay dos clases de psiquiatrías: voluntaria e involuntaria, o contractual e institucional. Confundirlas es como confundir amigo con enemigo, verdad con falsedad, libertad con esclavitud, vida con muerte. La psiquiatría contractual comprende todas las intervenciones psiquiátricas que obtienen para sí mismas unas personas a las que empujan sus propias dificultades o sufrimientos personales. Estas intervenciones se caracterizan por el hecho de que el cliente retiene el control total de su relación con el experto. La característica económica más importante del tipo contractual es que el psiquiatra es un empresario privado a quien el cliente paga sus servicios. Su característica social más importante es el evitar la coacción y el engaño (su empleo está penado por la ley) y el recurrir a un claro acuerdo contractual entre el cliente y el experto (Véase también «La psiquiatría institucional»).

La psiquiatría es una empresa moral y social. El psiquiatra se ocupa de problemas de la conducta humana. Por consiguiente, se ve atraído hacia situaciones conflictivas, que a menudo son entre el individuo y el grupo. Si deseamos comprender la psiquiatría, no podemos apartar los ojos de este dilema: debemos saber por quién toma partido el psiquiatra, si es por el individuo o por el grupo.

En general, quienes pagan para recibir un servicio psiquiátrico son sus beneficiarios; cuando las personas reciben un servicio psiquiátrico sin pagarlo son las víctimas, y no los beneficiarios, de la psiquiatría.

Gran parte de lo que actualmente pasa por ser enfermedad mental en realidad es coacción y engaño; el supuesto paciente trata de coaccionar a los demás fingiendo que está enfermo. De forma parecida, gran parte de lo que ahora pasa por psiquiatría es también coacción y engaño: el llamado médico psiquiatra intenta coaccionar a los demás fingiendo que es un curador que lucha contra una epidemia de peste.

Algunos citarían aquí las características desagradables del loco para justificar el comportamiento del psiquiatra. Otros citarían las del psiquiatra para justificar la conducta del loco. El resultado es que se da un tono romántico a la locura o a la existencia de locos cuando, en realidad, con demasiada frecuencia ambas son ejemplos de comportamiento deplorable.

Los comunistas pretenden elevar a los pobres por encima de los ricos y justifican su objetivo afirmando que los pobres son nobles, mientras que los ricos están corrompidos. La motivación de la envidia se oculta debajo de la retórica que habla de «liberarse» de la opresión económica capitalista.

La antipsiquiatría y los psiquiatras radicales (todos ellos se declaran socialistas, comunistas o, como mínimo, anticapitalistas) pretenden elevar a los «locos» por encima de los «cuerdos», y justifican su pretensión afirmando que los «enfermos mentales» son auténticos y honrados, mientras que los «cuerdos» no son auténticos y están corrompidos. La motivación de la envidia queda ahora oculta debajo de la retórica de «librarse» de la opresión psiquiátrica capitalista.

El diagnóstico psiquiátrico es una afirmación relativa al paciente que tiene utilidad para el psiquiatra. El síntoma psiquiátrico es una afirmación relativa al paciente que es útil para el paciente.

So capa de diagnosticar una enfermedad, el psiquiatra descalifica las desviaciones.

El problema de los diagnósticos psiquiátricos no estriba en que carezcan de sentido, sino en que pueden usarse y a menudo se usan como porras semánticas: romper la dignidad y la respetabilidad del paciente le destruye tan eficazmente como partirle el cráneo. La diferencia es que todo el mundo reconoce al de la porra como un criminal, pero no ocurre lo mismo en el caso de quien empuña un diagnóstico psiquiátrico.

La formación psiquiátrica es el adoctrinamiento ritualizado del joven médico en la teoría y la práctica de la violencia psiquiátrica.

La psiquiatría tradicional distingue entre enfermedades mentales menores y mayores (neurosis y psicosis) la distinción depende de si el paciente percibe o no su enfermedad. En realidad, los psiquiatras clasifican a una persona como neurótica si

sufre a causa de sus problemas en la vida, y de psicótica si hace sufrir a otras personas.

Los psiquiatras dicen que los pacientes mentales niegan la realidad. Yo digo que son los psiquiatras quienes niegan la realidad al llamar «pacientes mentales» a las personas ingobernables y «enfermedad mental» a su comportamiento molesto. Por ejemplo, si un hombre va a un banco y dispara contra el cajero para robar dinero que le permita librarse de la opresión de la pobreza, lo llaman «atraco a mano armada»; pero si un hombre llega a casa y dispara contra su esposa para matarla y librarse de la opresión del matrimonio, lo llaman «locura transitoria».

Los actos sexuales de carácter sadomasoquista y las intervenciones psiquiátricas forzosas tienen algo en común: en los primeros, el varón se impone a la hembra que se le resiste, le da «placer» por medio de la propia manipulación sexual, y esconde su propia dominación y su propio anhelo de orgasmos detrás de los dramáticos orgasmos con que responde su «pareja»; en el segundo caso, el médico se impone a un «paciente» que ofrece resistencia, le administra un «tratamiento» por medio de las apropiadas manipulaciones médicas y oculta su propia dominación y su propio deseo de curas detrás de la dramática respuesta terapéutica de su «paciente». En cada caso, la respuesta justifica la violación.

El psiquiatra orgánico cree que el cerebro «segrega ilusiones» del mismo modo que el riñón segrega orina.

La psiquiatría comunitaria promete acercarnos al día en que todo el mundo cuidará a todos los demás y nadie cuidará de sí mismo.

En ciencia, las teorías se construyen para que encajen en los hechos; en la psiquiatría forense, los «hechos» se construyen de forma que encajen en las teorías. O, expresado de otra forma: en ciencia se utilizan teorías para *explicar* hechos, y en la psiquiatría forense se usan para *justificar* actos.

Tal como la han escrito los psiquiatras y los historiadores de la medicina, la historia de la psiquiatría parte de una premisa básica que es defectuosa, a saber; que el psiquiatra institucional ayuda y cura al paciente forzoso. Si Hitler hubiera ganado

la guerra, los alemanes también hubiesen podido escribir una crónica terapéutica de la historia de los campos de concentración. Por consiguiente, no puede haber una apreciación popular de la verdadera naturaleza del problema de la enfermedad mental hasta que se «desnacificuen», por así decirlo, las historias de la psiquiatría. A los «grandes psiquiatras» —como Rush, Kraepelin, Alexander, Menninger, e incluso Pinel y Freud— hay que verlos como grandes líderes antes que grandes curadores. Ayudaron a sus colegas y a los dirigentes de la sociedad, pero hicieron daño al loco y a las víctimas de la sociedad.

La psiquiatría institucional

La psiquiatría institucional comprende todas las intervenciones y prácticas psiquiátricas que unas personas imponen a otras. Estas intervenciones se caracterizan por el hecho de que el cliente pierde totalmente el control de su relación con el experto: por ejemplo, en el ingreso forzoso en un hospital mental. La característica económica más importante de este tipo de psiquiatra reside en que el psiquiatra es un empleado burocrático cuyos servicios para alguna organización privada o pública (en lugar de pagarlos el individuo que es su cliente ostensible). Su característica social más importante es que utiliza la coacción y el engaño. El cliente real de la psiquiatría institucional es algún interés y organización sociales (por ejemplo, el Cuerpo de Voluntarios para la Paz, el servicio de sanidad de alguna universidad, el departamento de higiene mental del algún Estado); la mayoría de las veces su cliente ostensible es su víctima más que su beneficiario.

No hay ni puede haber abusos *de* la psiquiatría institucional porque la psiquiatría institucional es ella misma un abuso, del mismo modo que no había ni podía haber abusos *de* la Inquisición porque la misma Inquisición *era* un abuso. A decir verdad, de igual manera que la Inquisición era el abuso característico y, quizá evitable, del cristianismo, la psiquiatría institucional es el abuso característico y tal vez inevitable de la medicina.

El problema principal de la psiquiatría institucional es la violencia: la posible y temida violencia del loco, y la violencia real de la sociedad y la psiquiatría institucional contra él.

La legitimidad de la psiquiatría institucional se apoya directamente en la premisa dual de que los «pacientes» carecen de autodominio y, por consiguiente, son incapaces de ejercer la autodeterminación, y de que los «terapeutas» no sólo poseen estas cualidades, sino que son además expertos capacitados profesionalmente para la «protección de los mejores intereses de los enfermos mentales».

La psiquiatría institucional satisface una necesidad básica de los seres humanos: validarse uno mismo como bueno (normal) invalidando al otro como malo (enfermo mental).

El «depresivo» tiene la moral abatida; el psiquiatra se la levanta por medio de fármacos.

El «maníaco» tiene la moral alta; el psiquiatra utiliza fármacos para bajársela.

Estos ejemplos ilustran el principio en que se basa la psiquiatría institucional (y orgánica): todo lo que haga el paciente está mal, y todo lo que haga el psiquiatra está bien.

La psiquiatría institucional se ocupa de juicios; la teoría psicoanalítica, de justificaciones.

La hospitalización mental

Los hospitales mentales son los campos de prisioneros de nuestras guerras civiles no declaradas ni expresadas.

La hospitalización mental voluntaria: la amenaza de que «Si no vienes por las buenas, será peor para ti» aplicada a personas a las que se acusa de enfermedad mental.

La hospitalización mental forzosa: según los pacientes de los hospitales mentales, encarcelamiento por un período indefinido sin delito, juicio ni sentencia; según los psiquiatras de los hospitales mentales, un procedimiento tan raro que prácticamente no existe, al que sólo se recurre para proteger a los enfermos mentales y que únicamente rechazan los que sienten temores paranoicos y hostilidad ante los psiquiatras institucionales.

De hecho ninguna persona encerrada en un hospital mental es libre de irse cuando quiera. No obstante, la ley distingue entre dos clases de pacientes de hospital mental: voluntarios y forzosos. Los pacientes voluntarios piensan que pueden irse del hospital; los forzosos saben que no pueden. El paciente voluntario está equivocado y el forzoso está en lo cierto. No obstante, los psiquiatras insisten en que los pacientes voluntarios sufren de enfermedades mentales benignas, mientras que las que padecen los pacientes forzosos son graves. Ello se debe a que los primeros tienen creencias falsas que convienen al psiquiatra, mientras que los segundos tienen creencias verdaderas que no le convienen.

Desde hace mucho tiempo, está de moda lamentar y denunciar la inhumanidad de encarcelar a hombres cuerdos en manicomios. Según los que piensan así, encarcelar a los supuestos locos es permisible, toda vez que para ellos la «hospitalización» es una forma de tratamiento médico, sin duda desagradable, pero siempre necesario y a menudo útil.

Esta opinión es desacertada, y no sólo porque la enfermedad mental no existe. También lo es porque se basa en un error fundamental al interpretar la ética médica. En medicina se permite una intervención peligrosa o mutiladora no tanto porque ayude a la persona enferma a recuperarse de su enfermedad como porque dicha

persona la desea. Por ejemplo, a un paciente que tiene cáncer de pulmón se le puede extirpar parte de ese órgano. Sería verdaderamente horrible si un cirujano le hiciera lo mismo a una persona cuyo pulmón está sanísimo. Pero también sería horrible si un cirujano se lo hiciera a un enfermo de cáncer contra la voluntad de éste. Porque, a fin de cuentas, lo que hace que una intervención médica sea permisible desde el punto de vista moral no es el hecho de que sea terapéutica, sino que el paciente la desea. De modo parecido, lo que hace que la intervención casi médica de la hospitalización psiquiátrica forzosa no sea moralmente permisible no es su carácter dañino, sino que se trate de algo que el supuesto paciente no quiere.

La hospitalización mental involuntaria es como la esclavitud. Mejorar los criterios que rigen el ingreso en un hospital mental viene a ser como adornar las plantaciones de esclavos. El problema no consiste en cómo mejorar los requisitos de ingreso, sino en cómo abolir esta clase de hospitalización.

El psicoanálisis

El psicoanálisis es un intento de examinar las autojustificaciones de una persona. Por lo tanto, sólo puede emprenderse con la cooperación del paciente, y únicamente puede dar buen resultado cuando el paciente gana algo abandonando o modificando su sistema de autojustificación.

Los primeros freudianos creían que la percepción interior «curaba». Más adelante se vio que no era así, pero los psicoanalistas nunca explicaron qué era lo que curaba. En primer lugar, no tiene sentido hablar de una cura donde no hay ninguna enfermedad. En segundo lugar, entre la percepción interior y el cambio de personalidad existe la misma relación que entre el «es» y el «debería», el hecho y el valor, o la ciencia y la política. Esto explica por qué la percepción interior no basta para cambiar a nadie, y también por qué los que afirman que es innecesaria en la psicoterapia están tan equivocados como los que la califican de indispensable.

Filósofos, psiquiatras y otros han debatido largamente sobre la cuestión de si el psicoanálisis es una creencia o no. Pero la cuestión es engañosa: lo que en realidad se discute es si el psicoanálisis es bueno, verdadero o válido. Los que abogan por la base científica del psicoanálisis afirman que es «bueno», mientras que los que niegan dicha base dicen que no lo es. Es una confusión irónica, en primer lugar porque se apoya en el supuesto tácito de que lo que es científico es bueno; y, en segundo lugar, porque, si bien el psicoanálisis no es una ciencia, algo bueno hay en él.

Freud dijo que el histérico «sufre de reminiscencias». No es cierto. Sufre porque no puede o no quiere afrontar y ocuparse de sus reminiscencias. ¿De qué otra forma podría ayudarle el psicoanalista?

Freud dijo que la religión era una neurosis. Se ajustaría más a la verdad decir que la neurosis es una religión.

Freud nunca se cansaba de hacer dos afirmaciones contradictorias: una, que no era necesario que una persona tuviera preparación médica o psiquiátrica para ejercer

el psicoanálisis; la otra, que las neurosis (y las perversiones, psicosis, etc.) eran enfermedades. Creo que hacía estas afirmaciones por una sencilla razón: por un lado, quería adquirir el prestigio y la protección de la medicina para el culto religioso que estaba creando y sobre el que quería reinar... desde la Berggasse en vida y desde la tumba una vez muerto; por el otro, sabía, y se daba cuenta de que otros sabrían, que la conversación no es una forma de tratamiento médico.

Asociación libre: el término que usa el psicoanalista para manifestar que no aprueba que el paciente hable de lo que quiere hablar en vez de lo que el analista desea.

Teoría de la libido: la letanía de las liturgias freudianas.

Narcisista: término psicoanalítico que se aplica a la persona que se quiere más a sí misma que a su analista; se considera manifestación de una horrenda enfermedad mental cuyo tratamiento dará buen resultado sólo si el paciente aprende a querer más al analista y menos a sí mismo.

Instituto psicoanalítico: escuela cuyo profesorado, compuesto de hombres y mujeres ancianos y de mediana edad, los llamados psicoanalistas, degrada e infantiliza a los alumnos, que son psiquiatras que se acercan a grandes zancadas a la mediana edad y se someten ansiosamente a esta ceremonia de degradación con la esperanza, a menudo frustrada, de que, una vez despojados por completo de todo juicio independiente, así como de la capacidad de formar tales juicios, podrán infligir el mismo tratamiento a otras personas, llamarlo psicoanálisis y cobrar unos elevados honorarios por él.

Encuentros psicoanalíticos: las liturgias de Yom Kipur o Expiación de los fieles secularizados y «científicos»: en vez de obsequiar a Dios con el relato en hebreo de sus propios pecados, los fieles se obsequian unos a otros, empleando la jerga del psicoanálisis, con descripciones de las aberraciones mentales de sus pacientes.

La teoría psicoanalítica: el canto de trabajo de los barqueros freudianos.

El inconsciente: el «territorio» de la mafia psicoanalítica.

En psicoanálisis se llama «interpretación» a la explicación que da el analista de por qué otras personas se comportan de tal o cual manera. Estas explicaciones son básicamente de dos tipos: las que los analistas formulan acerca de los pacientes y comunican a éstos, y las que formulan acerca de figuras públicas y dan al público en general.

Las interpretaciones que hace el analista en la sesión psicoanalítica se ajustan a la fórmula general que afirma que el paciente no quiere decir lo que dice o piensa que quiere decir, a menos que se trate de algo malo. Por ejemplo, cuando el paciente dice que ama a su madre, padre o esposa, lo que «realmente» quiere decir es que odia a esa persona; pero cuando dice que la odia también quiere decir «realmente» que la odia.

Las interpretaciones que hacer el analista fuera de la sesión psicoanalítica se ajustan a la fórmula general según la cual el paciente no es lo que parece ser o no hace lo que parece que hace, a menos que lo que es o lo que hace sea malo. Por ejemplo, cuando el analista interpreta a Leonardo da Vinci afirma que «en realidad» lo que hacía no era pintar cuadros, sino embadurnar con heces fecales; pero cuando interpreta a Oscar Wilde no afirma que éste fuera «realmente» heterosexual.

Cuando un hombre tiene relaciones sexuales con muchas mujeres los psicoanalistas dicen que tiene un complejo de Don Juan, que significa homosexualidad latente. Pero cuando un hombre tiene relaciones sexuales con muchos hombres los psicoanalistas no dicen que tiene un complejo de Oscar Wilde, que significa heterosexualidad latente. Resumiendo, en el vocabulario psicoanalítico abundan las imágenes y los términos que degradan e invalidan, a la vez que escasean los que dignifican y validan.

En la jerga psicoanalítica se denomina «per-elaboración» a repensar y revivir experiencias y recuerdos dolorosos del pasado con el objeto de librarse de sus efectos. Un riesgo grande del psicoanálisis (y de otras formas de psicoterapia intensiva) es que la «per-elaboración» puede convertirse en «reelaboración»; dicho de otro modo, que en vez de librarse de recuerdos dolorosos el paciente no pare de

rumiarlos y recrearlos en su vida actual. En una palabra, ayudados y alentados por analistas corruptos, a menudo pacientes que no tienen nada mejor que hacer utilizan la sesión psicoanalítica para transformar lastimaduras insignificantes de la infancia en santuarios particulares donde rinden incesantemente culto a la enormidad de las ofensas de que les hicieron objeto. Esta solución es inmensamente halagadora para los pacientes, como lo son todas las formas de exaltación inmerecida de uno mismo; y es inmensamente provechosa para los analistas, igual que todas las formas de mimar la vanidad de la gente; y a menudo es desagradabilísima para casi todas las otras personas que forman parte de la vida del paciente.

El analista docente no enseña ni analiza. Lo que hace es espiar por cuenta del instituto psicoanalítico que le ha nombrado para el cargo y por cuenta de la American Psychoanalytic Association, que acredita dicho instituto. De esta manera el analista modelo se convierte en un símbolo de todo lo que es la antítesis del espíritu del análisis. Y de esta manera el analista docente, cuya misión era purificar y reforzar el psicoanálisis, pasa a ser el medio de contaminación y destrucción del mismo.

Cuidado con el psicoanalista que analiza los chistes en vez de reír con ellos.

Actualmente, el psicoanálisis funciona como una religión disfrazada de ciencia y método de tratamiento. Del mismo modo que Abrahán recibió las Leyes de Dios de Jehová, a quien, según él, tenía acceso especial, Freud recibió las Leyes de la Psicología del Inconsciente, al que, también según él, tenía acceso especial.

«Las palabras que están saturadas de mentiras o atrocidades —escribe George Steiner— no resumen fácilmente la vida.»^[9] Por esto el lenguaje de la locura y el de los médicos de los locos son lenguas muertas. Cada uno de ellos trata de negar su propia mendacidad: el loco, por medio de la retórica fraudulenta de sus «síntomas»; el médico de los locos, mediante la retórica fraudulenta de sus «diagnósticos» y «tratamientos».

También Sartre comenta el papel de la mentira en la epistemología del psicoanálisis: «Así el psicoanálisis sustituye el concepto de mala fe por la idea de una mentira sin mentiroso; me permite comprender cómo es posible que me mientan sin mentirme a mí mismo...; sustituye la dualidad del engañador y el engañado, la condición esencial de la mentira, por la del “id” y el “ego”»^[10].

Pero, al rehabilitar la mentira, el psicoanálisis aniquila la verdad.

La enfermedad mental

Todas las enfermedades «corrientes» que tienen las personas también las tienen los cadáveres. Así pues, cabe decir que un cadáver «tiene» cáncer, neumonía o un infarto de miocardio. La única enfermedad que es seguro que un cadáver no puede «tener» es la mental. No obstante, la postura oficial de la American Psychiatric Association y de otros grupos médicos y psiquiátricos es que «la enfermedad mental es como cualquier otra enfermedad».

La enfermedad corporal es algo que el paciente *tiene*, mientras que la mental es en realidad algo que el paciente *es* o *hace*. Si la neurosis y la psicosis fueran enfermedades, como la neumonía o el cáncer, sería posible que una persona tuviera *a la vez* una neurosis y una psicosis. Pero las reglas de la sintaxis psiquiátrica hacen que sea absurdo dar esta combinación diagnóstica. En realidad, usamos las palabras «neurótica» y «psicótica» (y otros términos que se emplean en los diagnósticos psiquiátricos) para caracterizar a las personas y para nombrar enfermedades.

La enfermedad mental es una definición falsa de un problema relativo a ti mismo y a los demás. No decimos: «Vivo mal. Soy inmoral»; en vez de ello decimos; «Estás confundido. Tu mente no funciona como es debido. Estás enfermo».

La enfermedad mental es coacción disimulada como pérdida de autodomínio; la psiquiatría institucional es contracoacción disimulada como terapia.

La enfermedad mental es un engaño que realza a uno mismo, una estrategia para autopromoverse.

Para la familia y la sociedad del paciente, la enfermedad es un «problema»; para el paciente mismo es una «solución». Éste fue el gran descubrimiento de Freud. Actualmente, los psicoanalistas hacen caso omiso de esto, y los psiquiatras lo niegan.

Gran parte de lo que se denomina enfermedad mental es hábito, que será bueno o

malo según quién lo juzgue y cuándo se juzgue. Así se lo sugiero a un paciente mío que ha tenido un largo análisis con otro terapeuta antes de venir a verme y que poseen «percepción» de todo lo que hace y de todo lo que no hace. Me responde secamente: «¡Yo no suelto una pauta de treinta años en una conversación!».

La mayoría de las cosas que los psiquiatras llaman «síntomas mentales» son en realidad declaraciones de independencia y dependencia, que hace el supuesto paciente mental. Característicamente, los llamados síntomas psicóticos son declaraciones de independencia, esto es, afirmaciones de incremento de facultades y adquisición de control sobre uno mismo y los demás, como ocurre cuando una persona afirma que es Jesús; mientras que los llamados síntomas neuróticos son declaraciones de dependencia, es decir, afirmaciones de disminución de facultades y pérdida de control sobre uno mismo y los demás, como en los casos en que una persona dice que le da miedo salir de casa o buscarse un empleo.

Hay que añadir que estas declaraciones se convierten en síntomas, o se perciben como tales, sólo en la medida en que las ilegitimen los «seres queridos» de quienes las hace o los profesionales de la salud mental.

Entre las personas a las que se incluye en la categoría de enfermos mentales hay dos tipos radicalmente distintos que los psiquiatras sistemáticamente no diferencian y que, por ende, confunden. Uno lo componen los inadecuados, no especializados, perezosos o estúpidos; en resumen, los ineptos (por relativo que pueda ser este término). El otro, los que protestan, los revolucionarios, los que se declaran en huelga contra sus parientes o la sociedad; en una palabra, los reacios.

Como no hacen una distinción entre estos dos grupos, los psiquiatras con frecuencia atribuyen la ineptitud a que la persona es reacia, y el que la persona sea reacia a la ineptitud.

La Ley de Parkinson afirma que «El trabajo se ensancha hasta llenar el tiempo de que se dispone para terminarlo»^[11]. De modo parecido, la angustia crece hasta llenar el espacio mental de que se dispone para su contemplación. Esto es un replanteamiento de la opinión de que los trastornos mentales nacen del vacío espiritual.

Cuando la resistencia de una persona contra la coacción malévola se encuentra en

su punto más bajo, cuando ya no puede defenderse de la intrusión del otro, entonces esta persona sufre lo que popularmente se llama una «crisis nerviosa»; en la jerga psiquiátrica se vuelve «psicótica». Entonces o bien afirma que le están ocurriendo cosas terribles (lo cual es cierto), o que es invulnerable y poderosa (lo cual es una forma de engañarse a sí misma para que la vida sea tolerable), o ambas cosas.

No esperamos que todo el mundo sea buen nadador, jugador de golf, ajedrecista o tirador; tampoco consideramos «enfermos» a los malos jugadores. Las actividades que constituyen ser estudiante, padre o madre, trabajador, etcétera, se parecen en muchas cosas a las que constituyen ser jugador de golf o ajedrecista. Sin embargo, pretendemos que todo el mundo sea competente en los juegos de su propia vida; y a los que juegan mal —a ser marido o esposa, madre o padre— les consideramos «enfermos», esto es, «enfermos mentales».

Toda creencia y todo comportamiento son, entre otras cosas, un acto de autoafirmación, como si el individuo estuviera afirmando que «Yo soy la persona que... cree que los judíos son el Pueblo Escogido o que Jesús es el Hijo de Dios», que tiene miedo del cáncer o de cruzar la calle, etcétera. Estas autoafirmaciones pueden complacer o molestar a los demás, según sus propios valores y relaciones con el individuo que las hace, y según las medidas que éste haya tomado o prometa tomar para llevar sus ideas a la práctica. Las «enfermedades mentales» son miembros de una clase determinada de autoafirmaciones que molestan.

Si un hombre nos cuenta mentiras sobre su coche para sacarnos más dinero, se trata de un comportamiento económico comprensible. Pero si nos miente sobre sí mismo para llamar más la atención, se trata de una locura misteriosa. A lo primero respondemos regateando en torno al precio, y a lo segundo, combatiendo la «enfermedad mental».

El supuesto paciente mental hace afirmaciones y representaciones que no afirma ningún hecho, sino que más bien empujan al espectador a hacer algo. Por ejemplo, el «esquizofrénico» expansivo, con ínfulas de grandeza, ordena: «Tienes que subordinarte a mí; yo te ayudaré, te daré órdenes, etcétera». La persona «deprimida», agitada, que se acusa a sí misma, ordena: «Tienes que dominarme: ódiame, castígame, etcétera».

Cuando una persona hace algo malo, como disparar contra el presidente, enseguida se piensa en la posibilidad de que esté loca, ya que se considera que la locura es una «enfermedad» que podría «explicar» por qué lo ha hecho. Cuando una persona hace algo bueno, como descubrir un remedio para una enfermedad que se consideraba incurable, no se hace ninguna suposición parecida. Propongo que se necesita nada más para probar que la «enfermedad mental» no es el nombre de una dolencia biológica cuya naturaleza está por dilucidar, sino el nombre de un concepto que tiene por fin disimular lo que es obvio.

Gran parte de lo que actualmente pasa por enfermedad mental es en realidad el fruto de la aprensión y el temor. Hablamos de «la paga del pecado», que sin duda es real. En justa correspondencia, deberíamos hablar de «la paga del miedo»: el miedo a ser, el miedo a vivir y a morir, el miedo a equivocarse, el miedo a que nos tengan envidia o lástima, el miedo a ser diferente. La paga de estos miedos son las numerosas autoinhibiciones a las que llamamos enfermedad mental.

La duda es a la certeza lo que la neurosis es a la psicosis. El neurótico duda y teme a personas y cosas; el psicótico tiene convicciones y hace afirmaciones relativas a ellas. En resumen, el neurótico tiene problemas, el psicótico tiene soluciones.

Decimos que un hombre «tiene» una neurosis o una psicosis cuando no estamos de acuerdo con lo que dice o con su forma de vivir. Disimulamos este desacuerdo atribuyéndolo a una enfermedad: si el paciente estuviera bien, viviría como nosotros, no como vive ahora. Voltaire tenía razón: «Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo». *Mutatis mutandis*: si no existieran enfermedades mentales, sería necesario inventarlas.

En el siglo XIX los psiquiatras se encontraban a veces con pacientes, generalmente mujeres, que afirmaban ser incapaces de permanecer de pie o de andar y que, al instarles a intentarlo, andaban de forma vacilante, de un modo dramáticamente torpe. Lo consideraban una manifestación de la enfermedad que se conoce con el nombre de histeria, y le daban el nombre de «astasia-abasia», que viene del griego. En realidad, estos pacientes estaban en huelga contra quienes dependían de su ayuda; en efecto,

utilizando el lenguaje corporal decían: «No puedo levantarme, salir y hacer cosas contigo o para ti». Si sencillamente lo hubieran dicho, se hubiesen sentido culpables y también habrían sido objeto de desprecio y castigos, de manera que «convirtieron» su mensaje en síntomas histéricos.

La mujer moderna que se convierte en ama de casa y tiene la sensación de ser una esclava doméstica muestra la misma clase de solución para el mismo conflicto en su incapacidad de conducir un coche o en el miedo que ello le inspira. Se siente moralmente obligada a hacer cosas para su familia y entonces se encuentra en la difícil situación de la esclava competente: cuanto más útil se hace, más la explota o se siente explotada. Cuanto menos capaz se siente una mujer así de controlar las exigencias que le hacen los hijos y el marido, más empujada se siente a alegar incapacidad o incompetencia como únicas formas de protegerse de la explotación.

La histeria de conversión es a la enfermedad orgánica lo que la falsa moneda es al dinero de verdad, o lo que un cuadro falsificado es a una auténtica obra maestra.

Sartre dice que la histeria es una mentira sin mentiroso. También podría decirse que el histérico es un mentiroso que no admite ni reconoce sus mentiras.

Fobia: un tipo de dramatización del ser, como si la persona se dijera a sí misma: «Tengo miedo a X (los gatos, las arañas, estar sola, etcétera), aun cuando no hay ningún motivo para tener miedo a X». La vida empobrecida de esta persona (que suele ser una mujer) se convierte así en una especie de relato detectivesco, una película de misterio o una función de gran guiñol. Una vida vacía se transforma de este modo, sin ningún esfuerzo o trabajo real, en una vida llena de interesantes peligros, amenazas y terrores. Esto resuelve el problema que tiene el paciente, el problema de qué hacer con su vida: debe protegerse de los peligros que le amenazan.

Hipocondría: atención exagerada a la propia mala salud (real o fingida). La «enfermedad» resuelve el problema del aburrimiento y de la elección de la carrera: el hipocondríaco es un jeremías de su propia fisiología.

Al adulto joven que teme construir o se niega a ello lo llamamos «esquizofrénico». A la persona que trata de vivir en casa ajena le damos el nombre de

«psicópata» o «dependiente pasivo». A la que desprecia lo que ha construido la calificamos de «deprimida». A la que muestra su tabuco como su fuera un palacio la llamamos «maníaca». Una vez hemos diagnosticado estas enfermedades mentales, nos ponemos a buscar las enzimas defectuosas o las moléculas torcidas en el cerebro del supuesto paciente. Decimos que andamos buscando las causas de la enfermedad mental. En realidad no tratamos de ver nada, sino que, al contrario, tratamos de no ver las tragedias de la vida que nos miran fijamente a los ojos. Y nos sale muy bien. La enfermedad mental como falsificación:

- Histeria: la falsificación de la enfermedad.
- Esquizofrenia: la falsificación del sentido.
- Psicopatía: la falsificación del valor.
- Homosexualidad, travestismo: la falsificación del género

La enfermedad mental como drama:

- Depresión: tragedia.
- Manía: comedia.
- Histeria: melodrama.
- Travestismo: farsa.

La enfermedad mental como caricatura:

- Depresión: caricatura de la contricción.
- Hipocondría: caricatura de la preocupación por la salud propia.
- Manía: caricatura del amor y la devoción.
- Paranoia: caricatura de la preocupación por la traición el peligro y la protección.
- Obsesión y compulsión: caricatura de la escrupulosidad.

Hoy día, especialmente en Estados Unidos, todas las dificultades y todos los problemas de la vida se consideran enfermedades psiquiátricas y, en mayor o menor medida, a casi todo el mundo se le considera un enfermo mental. De hecho, no es exagerado decir que la vida misma se ve ahora como una enfermedad que empieza con la concepción y termina con la muerte, y que mientras dura necesita a cada paso

la ayuda de los médicos y sobre todo de los profesionales de la salud mental.

El mito de la enfermedad mental

Enfermedad significa enfermedad del cuerpo. El diccionario Médico de Gould define la enfermedad como alteración de la función o la estructura de un órgano o una parte del *cuerpo*. La mente (sea lo que sea) no es un órgano ni una parte del cuerpo. Por consiguiente, no puede estar enferma en el mismo sentido en que el cuerpo puede estarlo. Así pues, cuando hablamos de enfermedad mental hablamos metafóricamente. Decir que la mente de una persona está enferma es como decir que la economía está enferma o que un chiste está enfermo. Cuando se confunde la metáfora con la realidad y se usa con fines sociales tenemos los elementos para fabricar un mito. Los conceptos de salud mental y enfermedad mental son conceptos mitológicos que se usan estratégicamente para facilitar el avance de algunos intereses sociales y retrasar el de otros, de forma muy parecida al uso que se ha hecho en el pasado de los mitos nacionales y religiosos.

El mito de la enfermedad mental combina y confunde tres interrogantes y al respuestas apropiadas a ellos.

1. ¿Qué *es*?: es decir, ¿qué es el acontecimiento o cosa de que estamos hablando? La respuesta es: podría ser una enfermedad del cerebro, como en el caso de la neurosífilis, un comportamiento que se desaprueba, como en el de la depresión; o la imputación de un mal (llamada «maldad» o «locura», «pecado» o «enfermedad») a una víctima propiciatoria.
2. ¿Cómo deberíamos *llamarla*?: es decir, ¿qué nombre deberíamos dar al acontecimiento, fenómeno o cosa que estamos observando y describiendo? La respuesta es: podríamos llamarlo enfermedad mental o psicopatología; locura o genio; desviación o desacuerdo; o búsqueda psiquiátrica de una víctima propiciatoria.
3. ¿Cómo deberíamos *tratarla*?: es decir, ¿qué actitud o política deberíamos adoptar ante el acontecimiento, fenómeno o cosa, o ante la persona a la que consideramos portadora de ello? La respuesta es: podríamos aprobarlo y recompensarlo; desaprobarlo y castigarlo; o mostrarnos neutrales, tolerantes y en esencia indiferentes ante ello.

Resumiendo, la mitología y los rituales contemporáneos de la psiquiatría hacen que sea virtualmente imposible, tanto para el profesional como para el profano distinguir entre el fenómeno, la etiqueta y la política. Esto explica, por ejemplo, por qué persiste la creencia de que si se demostrara que los fenómenos que suelen calificarse de esquizofrénicos son enfermedades del cerebro, como la neurosífilis,

ello justificaría el tratamiento psiquiátrico forzoso de los pacientes a los que les hiciese tal diagnóstico. Pero eso no justificaría tal tratamiento más de lo que el diagnóstico de un tumor cerebral justificaría el tratamiento forzoso de las personas aquejadas de esta enfermedad.

La enfermedad mental es un mito cuya función consiste en disimular y, por ende, hacer más agradable, la amarga píldora de los conflictos morales en las relaciones humanas. Al afirmar que la enfermedad mental no existe, no niego que las personas tengan problemas al hacer frente a la vida y al trato con otras personas.

La enfermedad corporal es a la enfermedad mental lo que el sentido literal es al sentido metafórico.

Puede que no nos sintamos satisfechos con la televisión por dos razones muy diferentes: porque nuestro televisor no funciona, o porque no nos gusta el programa que estamos recibiendo. De modo parecido podemos sentirnos descontentos de nosotros mismos por dos motivos muy distintos: porque nuestro cuerpo no funciona (enfermedad orgánica), o porque no nos agrada nuestra conducta (enfermedad mental). Qué estúpido, ruinoso y destructivo sería que tratáramos de eliminar los anuncios de cigarrillos de la televisión pidiéndole a un técnico que manipulase el receptor. Mucho más estúpido, ruinoso y destructivo sería que intentáramos eliminar las fobias, las obsesiones, las ilusiones y demás pidiéndoles a los psiquiatras que trabajaran en nuestro cerebro (con fármacos, electrochoque y lobotomía).

Los deseos son aspiraciones que queremos que se cumplan. Las enfermedades son limitaciones que queremos superar. No podría haber dos cosas más distintas. Sin embargo, los deseos pueden convertirse en enfermedades en manos del psiquiatra moderno. El deseo de abortar, de divorciarse, de abrazar sexualmente a una persona del mismo sexo, de tomar drogas prohibidas y, por supuesto, de suicidarse, a todos estos deseos se les suele considerar actualmente como enfermedades mentales.

Cuando afirmo que las llamadas enfermedades mentales son «problemas de la vida» lo único quiero decir es que son cuestiones de existencia y sentido y no de salud y enfermedad. Freud lo sabía y así lo dijo cuando reconoció que sus historias

clínicas parecían escritas por un novelista más que por un doctor. De esto se trata precisamente: los novelistas escriben sobre cómo viven las personas, y a menudo gran parte de lo que escriben es autobiográfico. Cuando los supuestos pacientes psiquiátricos cuentan esta clase de «historias» a sus doctores, éstos sacan la conclusión de que las personas que viven así tienen que estar enfermas y diagnostican una enfermedad mental. Si esto es diagnóstico, es la mayor necesidad de la ciencia moderna.

La esquizofrenia

Si hablas con Dios, estás rezando; si Dios habla contigo, tienes esquizofrenia. Si los muertos hablan contigo, eres un espiritista; si Dios habla contigo, eres un esquizofrénico.

Cuando un hombre dice que es Jesús o Napoleón, o que los marcianos le persiguen, o afirma alguna otra cosa que escandaliza el sentido común, se le pone la etiqueta de psicótico y se le encierra en el manicomio.

La libertad de palabra es sólo para las personas normales.

Un hombre que dice ser Jesús no se está quejando, se está jactando. Consideramos que su afirmación es un síntoma de enfermedad; él lo considera una señal de grandeza.

Si crees que eres Jesús, o que has descubierto una cura para el cáncer (y no es verdad), o que los comunistas te persiguen (y tampoco es verdad), entonces es probable que tus creencias se consideren síntomas de esquizofrenia. Pero si crees que los judíos son el Pueblo Escogido, o que Jesús era el Hijo de Dios, o que el comunismo es la única forma de gobierno científica y moralmente correcta, entonces es probable que tus creencias se tomen como reflejo de quién eres; judío, cristiano, comunista. Por esto creo que descubriremos la causa química de la esquizofrenia cuando descubramos la causa química del judaísmo, el cristianismo y el comunismo. Ni antes ni después.

Los psiquiatras buscan moléculas retorcidas y genes defectuosos como causas de la esquizofrenia, porque esquizofrenia es el nombre de una enfermedad. Si llamáramos enfermedad al cristianismo o al comunismo, ¿buscarían entonces los psiquiatras las «causas» químicas y genéticas de estas «dolencias»?

Con frecuencia, lo que denominamos esquizofrenia es el resultado de cierta clase de desarrollo infantil en lo que se refiere a seguir reglas. Normalmente el niño aprende su repertorio básico de reglas mediante la sumisión amorosa a la autoridad de

los adultos: el lenguaje, las pautas de vestir y gran parte de la conducta cotidiana se aprenden de esta manera. Si el adulto no presta atención o si el niño no le respeta, vemos la aparición de la megalomanía coactiva que tan típica es del comportamiento de la persona a la que más adelante se le diagnostica una esquizofrenia. Esto acostumbra a empezar en los comienzos de la adolescencia. Al carecer de una persona que dicte reglas y a la que pueda respetar, el joven se convierte en su propio legislador. Actúa y se siente como si no hubiera nada que no pudiese hacer (en especial esforzándose lo suficiente), y como si no debiera prohibirse nada. Y llega a creer que si no puede hacer algo, entonces ese algo no debe de valer la pena. Una persona así, entonces, no trata de vivir de acuerdo con la máxima de que sólo vale la pena hacer las cosas que ya sabe hacer bien; y, como no hay nada que sepa hacer bien, finge y afirma que domina artes, oficios y conocimientos que no posee, y rechaza con desprecio el valor de todos los esfuerzos prácticos. Resumiendo, la esquizofrenia es (a veces) un tipo de arrogancia e inmodestia.

La inflación es al dinero lo que la ensalada de palabras del esquizofrénico es al lenguaje; las dos cosas ilustran, primero, que el hombre, como dijo Nietzsche, es un «animal que hace promesas», y, en segundo lugar, que romper promesas es más fácil que cumplirlas.

El «paranoico» oye, piensa y afirma que otros se burlan de él, le ridiculizan, esto es, que le minimizan, que hacen que su amor propio disminuya. Así es como justifica su respuesta, que consiste en burlarse de los demás y de la sociedad. El hombre corriente obedece las leyes del país; el «paranoico» obedece las órdenes de su propia «ley superior» (Dios, las voces que le hablan), las órdenes de odiar y matar. Al rechazar las expectativas de la sociedad, y al invertir las reglas de ésta, se venga de sus enemigos.

El paranoico se siente ridiculizado, despreciado, porque es ridiculizado, despreciado, ya sea por otras personas o por su propio juicio válido de su fracaso en la vida.

Gerald Murphy (un amigo de los Fitzgerald) visita a Zelda en el sanatorio suizo donde Scott la tiene encerrada y donde se ve reducida a tejer cestos. Murphy describe la visita así: «Me moví con toda la serenidad de que pude hacer acopio y al llegar junto a ella, sonreí y le dije que durante toda la vida había querido hacer cestos como los suyos..., cestos grandes, pesados, resistentes... Estuve menos de cinco minutos con ellas, pero fue una experiencia horripilante»^[12].

Si los hombres de letras tratan la locura con tan profundo engaño de sí mismos, ¿qué podemos esperar de personas menos dadas a reflexionar sobre la vida?

¿Por qué los psiquiatras han prestado tanta atención a los llamados síntomas del esquizofrénico y tan poca a sus derechos? Quizá porque muchos esquizofrénicos se comportan como si los demás no tuvieran ningún derecho: violan su intimidad, por no decir su sentido de la realidad. Así pues, al esquizofrénico puede tratarse como: 1) un loco peligroso; 2) una persona que tiene experiencias sumamente dramáticas e insólitas; o 3) una persona que no respeta los derechos ajenos.

El primer punto de vista es de la psiquiatría tradicional; el segundo, el de los que presentan la esquizofrenia bajo una luz favorable; el tercero es el mío propio.

Cuando Jones dice que es Jesús, la psiquiatría científica declara que sufre de una ilusión. Yo digo que miente. ¿Cuál es la diferencia? Una ilusión es algo que te ocurre, algo que «tienes». Una mentira es algo que tú haces que ocurra, algo que tú haces. ¿Cuál de los dos puntos de vista es correcto? Algo que le ocurre a una persona —un accidente o un error— es neutral en lo que a motivaciones se refiere; por lo tanto, puede que beneficie a la persona. Pero las personas que tienen ilusiones nunca afirman ser Fulano (sus amigos y vecinos): siempre insisten en que son Jesús o Napoleón.

Algunas de las ilusiones llamadas paranoicas son, en realidad, la expresión de falta de valor. Por ejemplo, la mujer de edad avanzada que se queja de que su marido la está envenenando. Acusa. Se queja. Pero no actúa. ¿Por qué no mata a su marido? ¿O le abandona? ¿Por qué no predica con el ejemplo? Porque le falta valor. Quiere que otra persona haga algo guiándose por lo que ella cree y que esa persona se haga responsable de las consecuencias.

Una mujer de cincuenta años y pico, cuyo marido murió hace cuatro años y cuyos hijos se fueron de casa al hacerse mayores, ha sido sometida a electrochoque, internada, etcétera, por obra y gracia de su extensa familia. Viene a verme por iniciativa propia. ¿Qué quiere? «Me están envenenando. Se burlan de mí». Y sonrío. Cuando le sugiero que quizá prefiera pensar estas cosas a pensar que su vida está vacía, que no tiene sentido, me dice: «Si supiera usted el daño que me hacen...». Una sonrisa fugaz vuelve a pasar por su rostro. El llamado afecto impropio —lo que los

psiquiatras consideran el síntoma clásico de la esquizofrenia— tal vez sea el regocijo mal disimulado del estafador, que se ríe en secreto de víctima.

La psicología

No existe ninguna psicología: solamente existen la biografía y la autobiografía.

Ante el tribunal de justicia la ignorancia de la ley no es excusa. Ante el tribunal de la psicología la ignorancia de la historia no sólo es una excusa, sino también un requisito para ser reconocido.

Las pruebas de inteligencia: trucos que los psicólogos utilizan para demostrar que ellos son brillantes y sus clientes, estúpidos. La aceptación general de estas pruebas induce a pensar que esta afirmación quizá no carezca de fundamento.

Las pruebas proyectivas: trucos que usan los psicólogos para probar que ellos son normales y que sus clientes están chiflados. Su aceptación popular sugiere que quizá también esta afirmación tenga algún fundamento.

La teoría de la personalidad: normas de actuación familiar y social disfrazadas de observaciones empíricas y promovidas como leyes científicas.

La psicología freudiana es la psicología del varón adolescente: privado de actividad sexual y obsesionado por la sexualidad, viendo el mundo en termino de frustraciones y satisfacciones sexuales.

La psicología de Adler es la psicología del joven varón adulto: anhelando control y poder, viendo el mundo en términos de dominación y sumisión.

La psicología de Jung es la psicología de la persona de mediana edad, hombre y mujer: ansiando religión, pero incapaz de creer, viendo el mundo en términos de variedades infinitas de sentidos y misterios.

La psicoterapia

Psicoterapia es el nombre que damos a una clase determinada de influencia personal: por medio de comunicaciones, una persona, a la que se identifica con el título de «psicoterapeuta», ejerce una influencia ostensiblemente terapéutica en otra, a la que llamamos «paciente». Sin embargo, es obvio que este proceso no es sino un miembro especial de una clase mucho más numerosa: tan inmensa, de hecho, que virtualmente todas las interacciones humanas entran en ella. No sólo en psicoterapia, sino también en incontables situaciones de otro tipo, tales como la publicidad, la educación, la amistad y el matrimonio, las personas se influyen mutuamente. ¿Quién tiene derecho a decir si esas interacciones son útiles o perjudiciales y a quién se lo puede decir? El concepto de psicoterapia nos traiciona en este aspecto al prejuzgar la interacción como terapéutica para el paciente, ya sea en su intención, en su efecto o en ambos.

A las personas que acuden a los psicoterapeutas en busca de ayuda se las puede dividir en dos grupos: las que desean afrontar sus dificultades y sus limitaciones y cambiar de vida cambiando ellas mismas; y las que desean evitar las consecuencias inevitables de sus estrategias vitales por medio de la intervención mágica o táctica del terapeuta en su vida. Las del primer grupo pueden beneficiarse mucho de la terapia en cosa de semanas o meses; las del segundo grupo pueden permanecer en el mismo sitio, o hundirse cada vez más en el cenagal en que ellas mismas han convertido su vida, después de años, e incluso decenios, de encuentros con psicoterapeutas.

En la mayoría de los tipos de psicoterapia voluntaria, el terapeuta intenta elucidar las reglas no explícitas del juego por las cuales se rige el cliente, y ayudar a éste a examinar las metas y los valores de los juegos vitales a que juega o se entrega.

El éxito en psicoterapia —esto es, la capacidad de cambiar en una dirección en la cual quieres cambiar— requiere valor antes que percepción.

La psicoterapia autónoma se caracteriza por su objetivo: incrementar en el cliente el conocimiento de sí mismo y de los demás y, por ende, su libertad de elegir el modo de conducir su vida; por su método: el análisis de comunicaciones, reglas y juegos; y por su contexto social: una relación contractual antes que terapeuta entre el analista y

el analizado.

El papel del psicoterapeuta autónomo respecto de su cliente es como el del bufón de la corte respecto del monarca: el terapeuta presenta la dolorosa realidad al cliente, pero la presenta tan amistosamente como es posible; el cliente conserva toda su capacidad de decidir si quiere escuchar o no (esto es, si quiere continuar la relación terapéutica o darla por terminada).

La gente que tiene problemas personales a menudo se comporta como el proverbial borracho que busca la llave de su casa bajo la luz del farol, no porque es allí donde se le ha caído, sino porque es allí donde hay luz. Si una persona en estas circunstancias consultara con un psicoterapeuta autónomo, la tarea de este no sería encontrar la llave, sino sugerirle al paciente que encienda una cerilla o le pida a un vecino que le preste una linterna y se vaya a buscar la llave allí donde se le cayó.

«Casos difíciles equivalen a ley mala» es una buena máxima jurídica. *Mutatis mutandis*: clientes desesperados equivalen a mala psicoterapia. Las reglas buenas y sensatas para la psicoterapia tienen que apoyarse en un contrato entre un cliente capaz de inspeccionar su propia vida y aprender de sus errores, y un psicoterapeuta competente para ayudarlo a llevar a cabo dicha tarea. Los clientes desesperadamente turbados a menudo padecen las consecuencias de su estupidez agravada por su tozudez, y con frecuencia logran provocar una serie pareja de respuestas estúpidas y tozudas por parte de sus psiquiatras, los cuales las racionalizan e incluso glorifican como «métodos psicoterapéuticos de urgencia».

Cuando las personas (especialmente las mujeres) consultan con un psicoterapeuta es frecuente que estén a punto de tener que elegir entre dos estrategias vitales contradictorias; esto es, entre incrementar la compasión de sí mismas, mostrándose desamparadas y haciéndose las víctimas, para arrancarles a los demás lo que creen necesitar, e incrementar su amor propio, volviéndose más competentes y seguras de sí mismas con el objeto de procurarse ellas mismas lo que quieren.

Las psicoterapias (y todos los llamados tratamientos psiquiátricos) habría que verlas como algo que es análogo a las relaciones sexuales y que, por ende, el Estado

debería reglamentar: mientras haya consenso —esto es, mientras ambas partes (o todas las partes) que intervienen en la «terapia» estén satisfechas con ella—, deberían estar permitidas; y a nadie debería importarle si son buenas o malas («terapéuticas» o «nocivas»). La terapia psiquiátrica forzosa, al igual que la violación, debería estar prohibida y castigada por el derecho penal.

La hipnosis: dos personas mintiéndose mutuamente, cada una de ellas fingiendo creer tanto sus propias mentiras como las de la otra persona.

El profesionalismo

Paternalismo: el principio moral que ordena a una persona darla a otra toda menos respeto. La doctrina según la cual nadie está aún preparado para la libertad y la autodeterminación excepto la persona que habla y el grupo al cual pertenece. El fundamento del profesionalismo.

Alguien definió una vez al psicoanalista diciendo que era una persona que no sabía nadar y trabajaba de socorrista. Muy cierto con mucha frecuencia. La mayoría de los profesionales son personas que no saben nadar y trabajan de socorristas. La profesionalización es dar a los que no saben nadar certificados de socorristas e impedir que los nadadores trabajen de socorristas.

El doble rasero sexual, la discriminación entre hombres y mujeres —basándose en el antiguo principio de que *Quod licet Jovi, non licet bovi* (Lo que se permite a Júpiter no se permite a la vaca)— tiene una analogía en el doble rasero que existe entre el experto y el profano, un doble rasero que es todavía más hipócrita y generalizado. El doble rasero sexual dice que los hombres son viriles y las mujeres son ninfómanas. El doble rasero profesional dice que los expertos son sexólogos y terapeutas, mientras que los profanos son pornógrafos, macarras y prostitutas; los expertos son médicos e investigadores del mantenimiento con metadona, los profanos son traficantes y corruptores de la nación; los expertos son escépticos y exigen pruebas, los profanos son suspicaces y sufren de paranoia.

El nacimiento y la muerte, los dos acontecimientos más naturales y «normales», han pasado a ser propiedad de la clase médica. Así el embarazo y la senilidad se consideran enfermedades cuyo tratamiento requieres la ayuda de un experto en medicina. No es raro que la clase médica tire la vida cotidiana de unas personas que se niegan a aceptar la responsabilidad de las tareas más elementales que su composición biológica les plantea.

Que te juzgue un colega de profesión es como apostar con una persona que sigue esta regla: «Si sale cara, yo gano; si sale cruz, tú pierdes». Si tus datos o tu razonamiento no son correctos, el colega demostrará que estás equivocado echando mano de los datos verdaderos y del razonamiento correcto; y si tus datos y tu

razonamiento son correctos, demostrará tu error atribuyendo inmoralidades a tu carácter y enfermedades mentales a tu personalidad.

La ciencia y el cientificismo

La esencia de la empresa científica es el esfuerzo por comprender algo con el fin de controlarlo mejor. En las ciencias naturales esto significa que el científico, hombre, estudia y controla el objeto que le interesa, cosa. La cosa que se estudia no tiene voz en el asunto. Por consiguiente, las dimensiones y los dilemas morales de las ciencias naturales no nacen de un conflicto entre el científico y el objeto que estudia, sino de un conflicto entre el científico y otras personas o grupos que tal vez desapruaban las consecuencias personales y sociales de su trabajo.

En las ciencias humanas o morales (si se les puede llamar «ciencias») la situación es radicalmente diferente. En estos casos, el científico, hombre, estudia y controla el objeto de su interés, una persona. El sujeto estudiado se preocupa mucho por este proceso. Así pues, las dimensiones y los dilemas morales proceden de dos fuentes distintas: en primer lugar, de un conflicto entre el científico y el sujeto, y, en segundo lugar, de un conflicto entre el científico y otras personas o grupos que quizá desapruaban las consecuencias personales y sociales de su trabajo.

En resumen, aunque tanto la ciencias naturales como las morales pretenden comprender los objetos que someten a observación, en las ciencias naturales el propósito de ello es poder controlarlos mejor, mientras que en las ciencias morales es, o debería ser, poder dejarlos más en paz. Así pues, el objetivo moralmente apropiado de la psicología es el autodomínio.

En otro tiempo, cuando la religión era fuerte y la ciencia era débil, los hombres confundían la magia con la medicina; ahora, cuando la ciencia es fuerte y la religión es débil, confunden la medicina con la magia.

La psiquiatría es cientificismo institucionalizado; es imitación, personificación, falsificación y engaño sistemático. Ésta es la fórmula: todo adulto fuma (bebe, tiene relaciones sexuales, etcétera); luego, para demostrar que es adulto, el adolescente fuma (bebe, tiene relaciones sexuales, etcétera). *Mutatis mutandis*: toda ciencia consiste en clasificación, control y predicción; luego para demostrar que la psiquiatría es una ciencia, el psiquiatra clasifica, controla y predice. El resultado es que clasifica a las personas como locas, que encierra a las personas por peligrosas (para ellas mismas o los demás), y que predice el comportamiento de las personas, robándoles el libre albedrío y, por ende, su humanidad misma.

Los judíos dicen que el Mesías nunca ha venido; los cristianos dicen que ha venido una sola vez; para el hombre moderno aparece y desaparece con creciente rapidez. Los salvadores del hombre moderno, los «científicos» que prometen la salvación por medio de los «descubrimientos» de la etología y la sociología, la psicología y la psiquiatría, y todas las demás religiones falsas, salen periódicamente, como si los seleccionara algún «Club del Mesías del Mes».

El Estado Terapéutico

Un Estado Teológico se caracteriza, entre otras cosas, por la preocupación de su pueblo por la religión en general y por la herejía en particular. De modo parecido, lo que caracteriza al Estado Terapéutico es, entre otras cosas, la preocupación de su pueblo por la salud en general y el curanderismo en particular. *Mutatis mutandis*: igual que en una sociedad donde hay libertad religiosa el concepto de herejía pierde su importancia, en una sociedad donde existiera libertad médica el concepto de curanderismo perdería su significación. El absurdo mismo de la segunda perspectiva es una indicación de hasta que punto confiamos en que el Estado proteja nuestros cuerpos. Es una confianza totalmente análoga a la que nuestros antepasados depositaban en la Iglesia como protectora de sus almas.

Libertad religiosa significa que se es libre de dominación y persecución por motivos religiosos. De modo parecido, libertad médica, quiere decir que se es libre de dominación y persecución por parte de los médicos. Del mismo modo que la primera ha requerido la separación de la Iglesia y el Estado, la otra requiere separar la medicina del Estado.

Si verdaderamente valoramos la curación médica y nos negamos a confundirla con la opresión terapéutica —del mismo modo que los Padres Fundadores^[13] valoraban de verdad la fe religiosa y rehusaban confundirla con la opresión teológica —, entonces deberíamos dejar que cada hombre buscara su propia salvación médica y erigiese un muro invisible, pero impenetrable, entre la medicina y el Estado.

No tenemos ninguna religión nacional. Tampoco los rusos la tienen. Pero tanto Estados Unidos como la Unión Soviética (y muchas otras naciones modernas) tienen medicina nacional o medicina reconocida y apoyada por el Estado. Esto corrompe la medicina del mismo modo que en otro tiempo la religión se corrompió a causa de su alianza con el Estado. Aunque la existencia de esta corrupción se reconoce de forma general, su causa suele atribuirse a un defecto en vez de a un exceso de control del Estado. Para que la medicina vuelva a estar al servicio del individuo es de todo punto imprescindible que la protección de la Primer Enmienda se haga extensiva a las artes curativas y se garantice que «el Congreso no formulará ninguna ley con respecto al un establecimiento de medicina o prohibiendo el libre ejercicio de ésta...».

La Primera Enmienda protege la libertad religiosa, pero a los mormones se les

prohíbe practicar la poligamia. Dado que actualmente la opinión progresista considera que el tratamiento médico es un derecho, los mormones debería reclamar diciendo que necesitan varias esposas para su salud mental, más que para su bienestar religioso. Luego, del mismo modo que se dice a los heroinómanos que tienen «derecho» a la metadona, quizá los mormones obtendrían el «derecho» a la poligamia.

La Iglesia de la Ciencia Cristiana niega la enfermedad; la define y percibe como pecado.

La ciencia atea niega el mal; define y percibe el pecado como enfermedad.

En realidad, tanto la enfermedad como el pecado existen y son reales. Con frecuencia los confundimos para confundir a los demás y de este modo controlarlos.

Medignosis: la doctrina de que todos los problemas humanos son enfermedades médicas que pueden curarse mediante las apropiadas intervenciones terapéuticas, las cuales, si es necesario, se impondrán por la fuerza al paciente. La sucesora «científica» de las formas precristianas y cristianas de gnosticismo; la fe religiosa dominante del hombre moderno.

Los malos hábitos que se tratan como enfermedades:

El mal uso del alcohol se denomina «alcoholismo» y se trata con Antabuse.

Al mal uso de los alimentos se le llama «anorexia nerviosa» u «obesidad»; la primera se trata con electrochoques; la segunda con anfetaminas u operaciones de derivación intestinal.

El mal uso de la sexualidad recibe el nombre de perversión y se trata con estimulación mediante electrodos implantados en el cerebro y con operaciones de cambio de sexo.

Al mal uso del lenguaje se le llama «esquizofrenia» y su tratamiento es la lobotomía.

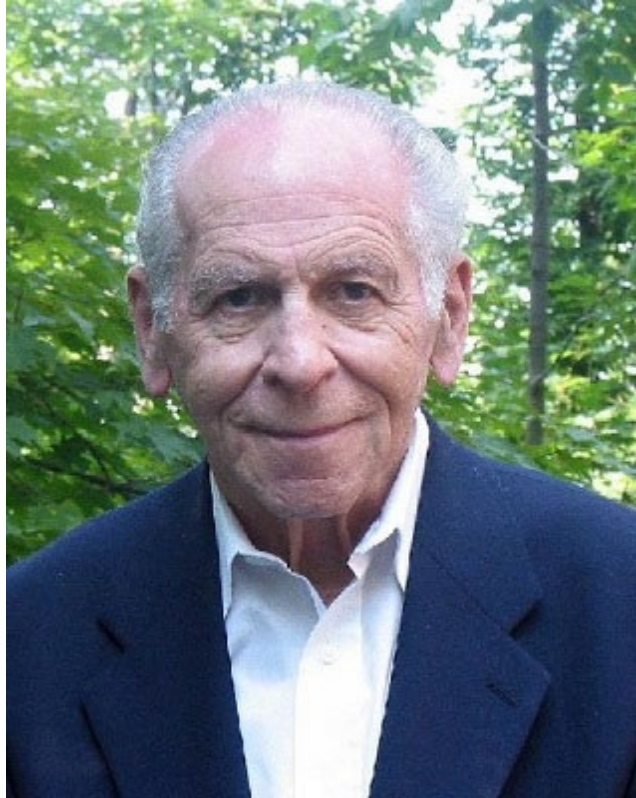
Terapeutismo: el sucesor del patriotismo. El último refugio —o el primero, según la autoridad que se consulte— de los canallas. El credo que justifica proclamar amor eterno a aquellos a quienes odiamos, e infligirles castigos despiadados en nombre del tratamiento de enfermedades cuyos síntomas principales son su negativa a someterse a nuestra dominación.

Vivimos en una época que se caracteriza por una tremenda necesidad de que haya muchísimos pacientes mentales sobre los cuales pueda trabajar el resto de la población, como si fueran productos o cosas, y a quienes puedan apoyar con orgullo aquellos a los que se considera mentalmente sanos. El resultado es el Estado Terapéutico, cuya finalidad no consiste en proporcionar condiciones favorables para la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, sino reparar la salud mental defectuosa de sus ciudadanos. Los dignatarios de tal estado parodian los papeles del médico y del psicoterapeuta. Esta organización da sentido a la vida de incontables burócratas, médicos y personas que trabajan en el campo de la salud mental, para lo cual despoja a los supuestos pacientes del sentido de su vida. De esta manera, perseguimos a millones de seres —por ser toxicómanos, homosexuales, propensos al suicidio, etcétera— mientras no paramos de decirnos a nosotros mismos que somos grandes sanadores y les curamos sus enfermedades mentales. Hemos conseguido cambiar el envoltorio de la Inquisición y la vendemos como un nuevo curalotodo científico.

Que el hombre domine a un semejante es algo tan viejo como la historia; y podemos dar por sentado, sin riesgo de equivocarnos, que es un fenómeno que se remonta a la prehistoria y a nuestros antepasados prehumanos. En todas las épocas los hombres han oprimido a las mujeres; los blancos, a los negros; los cristianos, a los judíos. Sin embargo, en decenios recientes las razones y justificaciones que tradicionalmente se referían a la discriminación entre los hombres —basándose en criterios nacionales, raciales o religiosos— han perdido gran parte de su verosimilitud y atractivo. ¿Qué justificación tiene ahora el antiquísimo deseo del hombre de dominar y controlar a su semejante? El liberalismo moderno —que en realidad es un tipo de estatismo—, aliado con el cientificismo, ha satisfecho la necesidad de una nueva defensa de la opresión y ha proporcionado un nuevo grito de guerra: ¡La salud!

En esta visión terapéutico-meliorativa de la sociedad los enfermos forman una clase especial de «víctimas» a las que, por su propio bien y en interés de la comunidad, deben «ayudar» —de manera coactiva y contra su voluntad si es necesario— las personas sanas, y en especial los médicos que estén capacitados «científicamente» para ser sus amos. Esta perspectiva nació y alcanzó sus mayores avances en la psiquiatría, donde la opresión de los «pacientes locos» por parte de los «médicos cuerdos» es ya una costumbre social santificada por las tradiciones médica y jurídica. En la actualidad, el conjunto de la clase médica parece emular este modelo. En el Estado Terapéutico hacia el que, al parecer, vamos avanzando, el principal requisito para ocupar el puesto de Gran Hermano quizá sea un título de médico.

El Campo de Agramante que nos legó la literatura era un lugar donde la confusión impedía entenderse. En su nueva versión editorial lo imaginamos poblado de discrepancia clamorosas, pero al mismo tiempo fecundas y estimulantes, que hagan realidad «el derecho a pensar lo impensable, a discutir lo indiscutible y a desafiar lo indesafiado».



THOMAS ISTVAN SZASZ (Budapest, 1920 - 2012). Fue profesor emérito de psiquiatría en la Universidad de Siracusa en Nueva York. Szasz fue crítico de los fundamentos morales y científicos de la psiquiatría y uno de los referentes de la antipsiquiatría.

Su postura sobre el tratamiento involuntario es consecuencia de sus raíces conceptuales en el liberalismo clásico y el principio de que cada persona tiene jurisdicción sobre su propio cuerpo y su mente. Szasz considera que la práctica de la medicina y el uso de medicamentos debe ser privado y con consentimiento propio, fuera de la jurisdicción del Estado, a su vez cuestiona los regímenes autoritarios y los Estados policiales.

Es conocido por sus libros *El mito de la enfermedad mental* y *La fabricación de la locura: un estudio comparativo de la inquisición con el movimiento de salud mental*, en los que planteó sus principales argumentos con los que se le asocia.

Notas

[1] «The hollow miracle» (1959), en *Language and silence: essays on language, and the inhumana*, Atheneum, Nueva York, 1967, p. 101. <<

[2] Véanse, por ejemplo, *The myth of mental illness: foundations of a theory of personal conduct*. Hoeber-Harper, Nueva York, 1961, e *Ideology and insanity: essays on the psychiatric dehumanization of man*, Doubleday Anchor, Garden City, Nueva York, 1970. <<

[3] «Politics and the English language» (1946), en *The Orwell reader: fiction, essays and reportage*, Harcourt, Brace, jovanovich. Nueva York 1956, pp. 355-366, 363-364. <<

[4] *Ibíd.*, p. 364. <<

[5] *Ibíd.*, p. 366. <<

[6] Dante Alighieri, *The inferno*, versión inglesa en verso para el lector moderno a cargo de John Ciardi, Mentor, Nueva York, 1954, pp. 42-43. (Ed. castellana: *Comedia: Infierno*, Seix Barral, 1982). <<

[7] Carl Gustav Jung, *Modern man in search of a soul*, traducción de W. S. Dell y C. F. Baynes, Harcourt, Brace, Jovanovich, Nueva York, 1933, p. 229. <<

[8] Citado por Harold C. Havighurst, *The nature of private contract*, Northwestern University Press. Evanston 111, 1961, p. 12. <<

[9] «K» (1963), en *Language and silence: essays on language, literature and the inhuman*, Atheneum, Nueva York, 1967, p. 123. <<

[10] Jean-Paul Sartre, *Being and nothingness: an essay on phenomenological ontology* (1943), traducción de Hazel E. Barnes, Philosophical Library, Nueva York, 1956, p. 51. (de castellana: *El ser y la nada*, Alianza, 1989). <<

[11] C. Northcote Parkinson, *Parkinson's Law, and other studies in administration* (1957), Ballantine Books, Nueva York, 1964, p. 15. <<

[12] Nancy Milford, *Zelda: a biography*, Harper & Row, Nueva York, 1970, p. 189.
(Ed. castellana: Zelfa, Ediciones B, 1990). <<

[13] Los Padres Fundadores son los hombres que redactaron la constitución de Estados Unidos. (N. del T.) <<